

F
20

P. JARAMILLO ALVARADO

32 32

BIBLIOTECA NACIONAL
 R-19 - 8N
 Folio 3 -
 Quito-Ecuador

La Doctrina Liberal

(HOMBRES E IDEAS EN EL ECUADOR)

DON ABELARDO MONCAYO
Y SU EPOCA

I



QUITO - ECUADOR
EDITORIAL "QUITO"
1923

P. JARAMILLO ALVARADO

La Doctrina Liberal

(HOMBRES E IDEAS EN EL ECUADOR)

DON ABELARDO MONCAYO
Y SU EPOCA

I

QUITO—ECUADOR
EDITORIAL "QUITO"
1923

“La Doctrina Liberal”

I.—Don Abelardo Moncayo y su época.

PROXIMAMENTE

II.—Los prodromos del liberalismo hasta la caída de Robles.

III.—Don Juan Benigno Vela.

EN PREPARACION

IV.—El clericalismo garciano.





Sr. Dn. Abelardo Moncayo

Don Abelardo Moncayo

Y SU EPOCA

(Introducción al libro «Añoranzas» del Sr. Dn. Abelardo Moncayo)

Preliminar

EL PROCESO de la revisión histórica, el aquilatamiento de los valores políticos, la urgencia de situar en su propio plano a determinadas épocas y las actitudes trascendentales de eminentes ciudadanos que decidieron con su intervención el cambio de regímenes, la inauguración y ensayo de nuevas fórmulas de gobierno; actitudes de ciudadanos purificados por todos los dolores, por los de la incompreensión y la envidia, por la hiel del rencor y el humo tributado por los turiferarios, por la maldición de los vencidos y el odio de los propios colaboradores insatisfechos; ese proceso de las reivindicaciones y revisiones históricas urge consolidar, porque se ha serenado, para ciertas personalidades, la atmósfera caldeada por la pasión política y los tiempos nuevos se han saturado de los ideales de los grandes luchadores, quintaesenciándolos la alquimia milagrosa de la crítica científica.

AL fragor de la lucha partidarista, cuyo último estallido se apagó en 1916 en las montañas de Esmeraldas—esa Covadonga del radicalismo ecuatoriano—, ha sucedido una gran quietud que es preciso averiguar si es el producto de un programa político cumplido, si es el desánimo por el sacrificio inútil, o es la esperanza que aguarda confiada las conquistas nuevas, por los secretos de la evolución, después de haber agotado los de la revolución.

Y ESTA quietud ensaya una nueva fórmula: el nacionalismo.

EN el programa de este evangelio apócrifo las grandes líneas rojas y azules de los antiguos escudos de combate están desteñidas, mejor dicho, confundidas.

DESDE lo alto de los campanarios agoran los buhos los prestigios de este ensalmo, que para darle un nombre, le llaman *fasismo!*.... En las tiendas de campaña de las falanges liberales una inquietud nueva se apodera de los espíritus. ¿Hacia qué orientaciones? ¿Por qué senderos otean los vigías? ¿Por qué se han callado las voces que decían el santo y seña en las horas profundas de la noche o en la esperanza de todas las alboradas?

NADA mejor que recordar el pasado del liberalismo en esta hora incierta, evocando sus figuras próceras, definitivas y afirmativas, que dominan con su figuración cerca de medio siglo de la vida nacional; que a las páginas escritas unieron la acción cívica; que vivieron la perpetua juventud de su ideal sin desfallecimientos ni claudicaciones; que gobernaron, educaron y sufrieron; y que, como un mensaje de eternidad, nos han dejado su *Idearium*.

INICIO mis estudios con la personalidad política de Don Abelardo Moncayo y su libro «Añoranzas».

I

Del Ambiente Histórico

Ante el Tirano

EN la mañana del 6 de Agosto de 1875 la ciudad de Quito iba a servir de escenario al acto cívico más trascendental de la vida republicana en todo este primer siglo de su existencia. Nunca el patriotismo, la audacia y el espíritu de sacrificio arraigaron tan fuertemente en el alma de una conju-

ración, como en ese día señalado con piedra blanca en el camino que conduce al progreso del Ecuador.

LA aparente tranquilidad de la ciudad resig-nada, fue interrumpida con la voz formidable: «Tirano! al fin llegó tu día»

Y UNA escena digna de los mejores días de Roma se desenvolvió espectante, sangrienta, reivindicadora.

GARCÍA Moreno, su edecán Pallares, y dos asistentes se dirigían por el ancho portal del Palacio de Gobierno, y habían avanzado algunos pasos desde la escalinata en dirección a la puerta principal, cuando una voz que condensaba el rugido de todo un pueblo, exclamó: «Tirano! en nombre de la patria aquí pereces!».

Y EL Tirano asombrado y estupefacto por la audacia desusada en el reino del silencio y la abyección que impusiera con sus crueldades, se enfrentó veloz a su agresor que le descargó de frente, en ademán de arrancarle la cabeza, una cuchillada terrible. Era Rayo, el vengador. Otro de los conjurados, Cornejo, le agarró por el cuello con mano férrea y con la diestra le disparó un tiro de revólver. Moncayo y Andrade agarraron a Pallares por los brazos. El Tirano trató de huír, dando gritos insultantes, pero los conjurados le rodearon, le impidieron la fuga. De entre los espectadores, sólo un negro transeunte trató de estorbar a Rayo, pero éste hirió, se abrió paso, y descargó de nuevo su acero, y ante las descomunales cuchilladas, el Tirano ensangrentado, ciego, vacilante, despavorido por la desesperación retrocedía y se desbarrancó de espaldas, desde lo alto de la lonja del Palacio y fue a estrellarse en las baldosas de la Plaza de la Independencia.

DE entre los conjurados que fueron muchos, aunque en el escenario, sólo aparecieron cuatro, es sin duda la figura de Don Abelardo Moncayo la que define el por qué de ese tiranicidio inevitable en ese tiempo y en esa hora histórica.

PORQUE si Manuel Cornejo Astorga era de familia decente y rica, ilustrado, escritor de valía en sus veintiséis años de edad, despreocupado e irónico, un Aristófanes quiteño por la autenticidad de su salero; si Roberto Andrade, casi un adolescente, de buena posición social y económica, de gran inteligencia e ilustración; si Manuel Polanco, un joven abogado que unía a su prestigio y posición las cualidades de su formalidad y belleza varonil; si estos conjurados tenían la distinción de estas cualidades, Abelardo Moncayo reunía a los prestigios parciales de sus compañeros, la joven gravedad de un filósofo y director de almas en los claustros universitarios o en los cenáculos de la conspiración. Rayo sólo fue el brazo; los otros conspiradores el corazón; Moncayo el cerebro de ese gigante forjado por el ambiente político absurdo creado por García Moreno.

No me detengo a probar con los antecedentes de la Historia Universal la legitimidad del tiranicidio, pues sólo trato de examinar la significación histórica y científica de la política garciana en el Ecuador, y nada mejor que analizar la mentalidad de la época por los ideales de Don Abelardo Moncayo, actor de la historia de cerca de medio siglo.

* * *

La herencia española

EL ambiente colonial fue interrumpido en el Ecuador en los últimos veinte años por obra del ferrocarril trasandino. La Independencia sólo significó cambio de gobernantes y de sistema de gobierno, pero la libertad quedó aún por conquistarse. Sólo una herencia española permaneció inalterable, sin embargo de todas las transformaciones sociales: el fanatismo católico.

EN toda la época colonial, en el fondo del paisaje desolado por la fiebre del oro y las guerras civiles de los conquistadores, que exalta el retrato del ambiente, cercado por el marco barroco labrado en

el cedro americano, una figura inconfundible aparece en primer término, dominando el conjunto: la figura negra del cura de almas!—«Las Noticias Secretas de América» de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, escritas en el siglo XVIII, contienen toda esa farándula de clérigos y monjes de la Conquista en perpetua orgía y explotación de indios, relación renovada por González Suárez en su historia de la Colonia. Nótese que los sabios viajeros españoles limitan sus relatos casi exclusivamente a la Presidencia de Quito, en sus denuncias de la frailecía claudicante, y que el Historiador nacional descorrió inmisericordiosamente el trapo empolvado de esos mismos cuadros estampados en sus crónicas.

YA en la gran república colombiana, en lo que toca a la situación del clero casi no hubo variante, porque la frailecía supo amoldarse a la situación, y al final resultó acreedora en la República, como cobró en oro y libertinaje sus créditos de conquistador en la Colonia.

UNO de los más ilustres escritores franceses que se ocupan de la Historia de América, Mario André, acaba de publicar un libro «El fin del imperio español en América», y en éste, el capítulo más significativo es el que titula «El papel del clero» en la Independencia.

ANDRÉ trata de probar en su libro la ninguna influencia de la Revolución Francesa en la libertad de América, porque aquella fue anticlerical, y ésta, netamente aristócrata y clerical. Los libertadores encontraron la mayor resistencia en la burguesía criolla y pueblos de indios se sublevaban y combatían en defensa del Rey.

PERO lo fundamental de la inmiscuencia del clero en la revolución americana, radicaba en las antiguas querellas entre la potestad civil y la eclesiástica, constantemente en pugna, no por asuntos de doctrina ni de dogma, sino por cuestiones temporales de administración de haciendas y tesoros de las comunidades religiosas y las iglesias. La escisión culminó a veces violentamente, y los gobernadores

embarcaban a la fuerza a los frailes con rumbo a España, encarcelaban a los Obispos, y éstos excomulgaban a los gobernadores. Un Virrey citado ante el Tribunal del Santo Oficio se hace escoltar por una compañía de soldados y algunos cañones y pone en fuga a los inquisidores; y, en esta falta de armonía de los dos poderes, sorprendió a la Colonia el grito de la Independencia.

DESDE luego, en virtud de bulas pontificias, el Patronato regio daba a los Reyes de España, para sus dominios en América, en cuestiones de orden religioso, más poderes de los que tenían para el gobierno en Europa; y el encuentro de estos poderes delegados a los conquistadores, provocaba conflictos en el campo de las ambiciones humanas, sin que concurriera nada que pudiese herir el sentimiento religioso.

ESTA misma situación aparece en la República. El clero guía desde el primer instante la nueva situación. Los Obispos suscriben las actas de la Independencia: el Deán Funes es un prócer en la Argentina, el cura Hidalgo en Méjico, entre los mártires del 2 de Agosto, en el Ecuador, es sacrificado el Presbítero Riofrío; y, en todo el Continente Indo-Español, las Constituciones políticas declaran el catolicismo la religión amparada por el Estado. El Patronato subsiste, pues se declaró en vigencia, y por el Patronato la tutela y protección del Estado a la Iglesia es incuestionable. Naturalmente la protección implica subordinación. Y el 7 de Noviembre de 1828, Bolívar se dirige al Pontífice León XII que acababa de nombrar nuevos Obispos para Colombia, anunciándole que le envía los candidatos para las sedes de Quito y de Guayana.

DESTRUIDA la unidad Colombiana, el Ecuador se retiró a un convento, según una expresión tan conocida en América. El primer Presidente General Juan José Flores, celebró con un *Te Deum* la fundación de la República, y nuestras Constituciones han seguido reconociendo invariablemente la declaración de que el catolicismo es la religión que el Estado tiene que proteger.

LA situación del Ecuador tal como la planteó el fundador Flores hasta que Rocafuerte consolidó la institución nacional republicana, y aun hasta el 6 Marzo de 1845, en lo que toca a la cuestión religiosa, se mantuvo tranquilamente. En el período marcista el escrutinio para elegir al sucesor de Roca se efectuó en el templo de la Compañía de Jesús. La vigencia del Patronato fue reconocida tácitamente por Roma, pues en 1850, con motivo de la publicación de la Bula que declaraba factible la beatificación de Mariana de Jesús, el Ministro doctor Modesto Larrea, firmó el *exequator*, en conformidad con la ley de Patronato.

EL liberalismo de Urbina, exaltado por la expulsión de los Jesuitas, no fue obra sectaria, sino que, como en la época colonial, los contrapuestos intereses temporales del Estado y de la Iglesia, producían violencias de orden personal. Aunque lejano ya los días de la intervención de los gobiernos de Colombia en la vida política ecuatoriana, Urbina no pudo sustraerse a las influencias del General José Hilario López, que se había propuesto expulsar de América a los Jesuitas, declarando o gestionando la declaración de la vigencia en su país y los vecinos de la Cédula de Carlos III. Es tan evidente que no tuvo intención sectaria esa expulsión, que el decreto correspondiente lo suscribió el Ministro Don Pedro Fermín Cevallos, liberal católico, como solían llamarse en esa época, en que los partidos políticos estaban confundidos en vagas aspiraciones de *libertad* o en el afán de mantenerse en el poder, *conservando* la administración pública en manos de oligarquías aristócratas, o sea del *godismo* criollo que se apoderó del gobierno una vez alcanzada la Independencia. La evolución de los partidos políticos en el Ecuador exige la expresión sintética de un capítulo especial.

Si prevalecía el catolicismo sin contradicción antes de la Independencia y en las épocas floreal y marcista de la República, hasta la caída de Robles; si el Ecuador era ya conocido en este período

histórico como un convento, mientras a Colombia se le reputaba una Universidad y a Venezuela un Cuartel; si no había herejes que perseguir; si la unidad religiosa era tranquila; si el catolicismo reinaba con toda la corrupción de las costumbres de la frailecía ¿qué significado tenía en la historia, el establecimiento de un régimen absolutista que declaraba la ineficacia de las leyes, y el imperio de la teocracia impuesta a sangre y fuego, con la complicidad y el apoyo de un partido clerical sin sentido en el Derecho Público?

* * *

Imperativos de una conjuración

DON Abelardo Moncayo en 1875, y no obstante su juventud era ya un filósofo que había ahondado en el enredo aparatoso de la Historia hilvanada con fechas, batallas y revoluciones, su sentido esotérico.

EN 1864 sólo contaba diez y seis años de edad, cuando en el Colegio de los Jesuitas, fue designado para dictar lecciones de latín y castellano. Alumno aprovechado de don Buenaventura Proaño, en Humanidades, y de los doctores Miguel Egas y Carlos Casares en Filosofía y Matemáticas, recibió las lecciones de física y química del Padre Borda, y fue exaltado enseguida a la calidad de Maestro.

LOS Jesuitas halagaban la esperanza de hacer definitivamente suyos el talento y el carácter de Moncayo, al que atraía el misterio de la Orden, acreditado por la sabiduría del claustro.

ANTES de ir a ese su retiro temporal del mundo, tuvo en 1863 la oportunidad de enriquecer sus conocimientos bibliográficos, ordenando en asocio de Federico González Suárez, después gran dignidad de la Iglesia Ecuatoriana, la Biblioteca Nacional, convertida en un montón informe de volúmenes por el terremoto del 59. Este incidente determinó en el espíritu selecto el ansia de saber y la

pasión por la lectura, que tan sólida instrucción había de darle para el bien de la Patria.

LUEGO vino el éxodo por las principales ciudades del Ecuador, llevando a todas partes el contingente de sus luces y estudiando siempre en los libros y en los hombres, y penetrando más y más en las verdades que arrancaba como gemas de gran valor, del tesoro de la filosofía comparada que estudiaba con inmenso afán. Quito, Riobamba, Guayaquil y Cuenca contaron entre los profesores de la juventud al filósofo Moncayo. El alma atormentada del periodista Calle, cuenta en su biografía de Moncayo, que en el Colegio Seminario de Cuenca, corría la tradición escalofriante de la perversión de un joven levita, quien por culpa de las malas lecturas ahorcó la sotana, recuperó su libertad y se marchó por esos mundos a predicar en la preusa y la tribuna el advenimiento de la era de la verdad y del bien para el Ecuador. Moncayo, como Voltaire, buseó en las profundidades del secreto católico, y lealmente abandonó el claustro y fue a buscar la verdad en el torbellino del mundo, interrogando a su propio corazón. De Voltaire tiene la amarga ironía en sus escritos, diferenciándose del filósofo francés por su vida austera, austera y grave hasta la muerte.

«FRANCAMENTE, dice Moncayo, refiriéndose al episodio de su salida del Colegio de Jesuitas, muy generosos anduviéron éstos conmigo; que, dada la *sans façon* con que yo procedía, de una oreja debieron haberme puesto en la calle. Imaginaos, por modelo de arranques oratorios, los más vehementes de Castelar; por modelo de viveza en la narración histórica o de encantadora exactitud en las descripciones, los Girondinos de Lamartine o la «Tempestad bajo un cráneo»; para aclarar la diferencia entre el romanticismo y el clasicismo, las «Palabras de un Creyente» o trozos de Childe Harold, etc. Y cuidado con que alguno de mis alumnos, al tratar de las formas del pensamiento o de las figuras de dicción, me diesen otros ejemplos que los sacados del «Canto a Junín», el cual con algunas estrofas

de Espronceda o de otros *ejusdem furfuris* debían tener en la punta de la lengua para ejercicios de declamación. Un rasgo más que todo lo compendia : yo, fanático admirador de Montalvo y hambriento hasta de la más leve hoja suelta que él venía publicando desde el 65 ; y ellos, mis socios, ciegos y devotos admiradores de García Moreno.

«LLEGÓ el 69 y con él la inicua revuelta ; el golpe fatal a la República dado por este mal hombre. Fuí testigo en Cuenca, a fines de dicho año, de la inmolación de tres víctimas inocentes. Y llegó el año 70, y con él el triunfo de Garibaldi, la Italia unida y el surgimiento de la tercera República en Francia. ¡ Calculad si ni San Martín mismo hubiese logrado ya hacernos comer pacíficamente en el mismo plato a los que lloraban por el ilustre prisionero del Vaticano y a mí que, en la flor de la vida, veía en todo nuevos y más amplios horizontes. Nada, pues, más lógico y oportuno que lo que hice, mi separación.—Recobrada mi libertad sabéis cuál fue mi primer vuelo? A Ipiales, a conocer al Cosmopolita». (1)

HABRÍA sido desleal con su espíritu y con el medio ambiente en que vivía, si Moncayo no hubiera abjurado del jesuitismo. La abjuración en este caso significó lealtad.

EN 1871 funda Moncayo, en asocio de Acosta y Guerrero Toro, auspiciado por el prestigio y la virtud de doña Josefa Salazar, de renombre en pedagogía, una Escuela Superior de niñas, y en esa ocupación sonó la hora del 6 de Agosto de 1875.

ENTRE las conjuraciones que se han formado en América para concluir con una tiranía, no sé de otra que más ilustrados ciudadanos haya tenido en su seno. La que libró al Ecuador de García Moreno, mejor dicho, del gobierno teocrático que desquició los fundamentos de la República, fue una conjuración de la virtud contra el crimen, de la demo-

(1) Moncayo.—«Aclaraciones»—1909.

cracia contra el cesarismo. Es indispensable aquilatar ese momento de la historia para juzgar de los imperativos de la conjuración del 6 de Agosto.

LOS antecesores de García Moreno reúnen ya algunos de los defectos de más bulto, que el Ecuador anatematizó en el Tirano, en el único Tirano que aparece en el campo de nuestra historia.

SIN olvidar el asesinato de Hall y las ejecuciones de Otamendi, creo yo que el mayor delito de Flores fue el haber pretendido eternizarse en el Poder. Y la falta mayor no estuvo en haberse reelegido, expidiendo una Constitución que le permitiese perpetuarse en el Mando, como lo hiciera después el mismo García Moreno; ni en el hecho de haber formado una oligarquía como ensayaron también Urbina, García Moreno, Veintemilla y Caamaño; ni en haberse impuesto con un militarismo mercenario extranjero, como lo hicieron con un idem per idem nacional los caudillos mencionados, sino en haberse declarado el hombre necesario, el presidente providencial del Ecuador, y lo que es gravísimo, haber buscado el auxilio extranjero para reconquistar el Poder.

LOS atentados para restablecer la monarquía en América o un Protectorado en el Ecuador, atribuidos a Flores y García Moreno, no creo lealmente que tengan el alcance que las banderías quieren dar a esas reconquistas imposibles, fracasados los pensamientos monárquicos de los primeros independizadores (no digo, libertadores) de América. La actitud de García Moreno cuando la agresión del Almirante Pinzón a las Islas de Chincha, esa sí implica traición a los ideales y la soberanía de América.

Y si en el General Flores encontramos algunas de las peculiaridades que un día combatiera García Moreno, y que luego practicara, en Rocafuerte la pacificación se hace con el cadalso en proporciones mayores que en la época de García Moreno, quien añadió a la pena de muerte, la crueldad morbosa, innecesaria, de los degenerados superiores que clasifica la terapéutica positivista.

ADEMÁS, Flores no traicionó a sus propios hombres, sino que abrazó a Rocafuerte vencido y lo exaltó. Y Rocafuerte que fue inexorable con los revolucionarios, nunca intentó volver al Poder por ningún camino. García Moreno derrocó a Carrión y traicionó a Espinosa, el justo, inicuaamente. Fue revolucionario contra Flores, contra Roca, contra Urbina, contra Robles, y agitó toda una época cubriéndola de sangre, de luto y de afrentas, siguiendo las inspiraciones teocráticas que le aseguraban, en su opinión, la dictadura perpetua.

EL General Flores quiso para el Ecuador la incorporación del Cauca, y Popayán suscribió la adhesión; y cuando las armas ecuatorianas fueron a Colombia en esa época, no regresaron afrentadas. Los descalabros de Tulcán y Cuaspud no los perdonará la historia.

SI la memoria del General Flores recobra poco a poco su pedestal de granito, a medida que se desvanece su influencia acentuada desde 1830 hasta el día de su muerte a órdenes de García Moreno, es decir, algo así como cuarenta años de permanecer en espectación política, para luego ver revivida su memoria por las parcialidades que atacaron la administración de Don Antonio Flores; si Rocafuerte se yergue ya sereno en la misma plaza en que otrora se fusilara revolucionarios por su orden, ¿cuál es la diferencia fundamental, el error imperdonable que el Ecuador, por mano del patriotismo, sancionó con el tiranicidio en García Moreno?

—LA traición a la República, sancionada en la Constitución del 69.

CONTRA Flores y Rocafuerte las conspiraciones aspiraban al Poder. En el caso de García Moreno, ya el concepto del Poder fue secundario. En la colisión de la teocracia usurpadora y de la democracia reivindicadora, se condensó la crisis histórica, que encontró en el verbo de Montalvo el fuego que incendió la atmósfera, desató la tempestad y fulminó el rayo que devolvía a la nacionalidad ecuatoriana su soberanía.

LA Constitución del 69 desnaturaliza el derecho elemental y fundamental del hombre: la libertad de conciencia. El artículo 10, inciso 1º, dice: «Para ser ciudadano se requiere ser católico». Surge ante todo la interrogación: ¿Es esta obra de un loco o de un ignorante? ¿Cómo puede hallarse compatibilidad entre el derecho político del hombre a pertenecer a una agrupación social para desenvolver sus actividades y la condición institucional de ser católico o no ser ciudadano? El hombre como sér pensante quedó suprimido por esa ley; García Moreno necesitaba autómatas para gobernar.

LAS leyes, aunque no son la justicia, representan una aspiración hacia la justicia, y por eso la movilidad o evolución de las leyes. Y para corregir el defecto inherente a la obra humana, no se confia a la voluntad de un solo hombre sino a las legislaturas la formación de las leyes. Desde luego, a quien ha de ejecutar la ley se le permite que ponga reparos o sea el *veto* para obtener modificaciones o quizá la suspensión misma de la ley, pero el Ejecutivo no puede ni debe imponer su voluntad a la legislatura, porque ese acto se llama despotismo.

LA Constitución del 69, en el artículo 14, dispone: «Si las observaciones del Ejecutivo (al proyecto de ley, decreto o resolución, aprobado por ambas Cámaras) se dirigieren a desechar el proyecto en su totalidad, se reservará hasta la siguiente legislatura». Y si las objeciones son parciales: «En caso de no ser aprobado por ambas Cámaras con aquellas correcciones o modificaciones (que dicte el Ejecutivo), se reservará hasta la siguiente legislatura». Es decir, sólo se sancionan las leyes que tenga a bien el Presidente, la independencia del Poder Legislativo es nula. Consecuencia: el despotismo sobre la ley; la institución republicana destruida; la implantación de una monarquía absurda, irrisoria, loca.

PARA garantizar los derechos ciudadanos, la Ciencia Constitucional ha establecido una garantía

más: la independencia del Poder Judicial, y ésta se consigue con la elección de los Tribunales Supremo y Superior mediante el libre nombramiento que hace de sus miembros el Congreso, expouente a la vez del sufragio nacional.

LA Constitución del 69, en su artículo 60, confiere al Ejecutivo la atribución de «Proponer al Congreso en terna los magistrados de la Corte Suprema y del Tribunal de Cuentas y nombrarlos interinamente en receso de aquel; nombrar a propuesta en terna de la Corte Suprema, a los magistrados de las demás Cortes de Justicia», ¿Qué independencia le queda al Poder Judicial, el único baluarte que ha tenido el Ecuador en la borrasca de la vida nacional, si la existencia de ese Poder es entregado a las manos del déspota?

LA experiencia de los siglos en el gobierno de los pueblos ha constatado la tendencia humana al abuso de la autoridad y la conculcación de las leyes, y ha creado un poder moderador de las atribuciones de los tres poderes clásicos: el legislativo, el judicial y el ejecutivo, que en las Constituciones republicanas se llama el «Consejo de Estado». La independencia de los miembros que lo integran es la base de la autoridad y de las garantías sociales que puede conceder y debe supervigilar.

LA Constitución del 69, dice: «Habrà un Consejo de Estado presidido por el Presidente de la República y compuesto de los Ministros de la Corte Suprema, de otro del Tribunal de Cuentas, de un eclesiástico y de un propietario que tenga las cualidades que se requieren para ser Senador, nombrados por el Presidente».

Si el Presidente que preside el Consejo de Estado, es quien nombra a sus Ministros del despacho, a los Ministros de las Cortes y del Tribunal de Cuentas, al eclesiástico y al propietario, ¿en qué queda ese Supremo Consejo de gobierno, la garantía más sólida de la República?

TODA esta concentración de poderes en el Ejecutivo, debía tener una finalidad; descubramosla.

EN ausencia del Congreso, sólo puede conceder facultades extraordinarias al Presidente, el Consejo de Estado, y entre estas facultades, en la Constitución del 69, se consignan, además de las ya conocidas, las siguientes: «Ordenar el allanamiento y registro del domicilio de personas sospechosas; prenderlas, trasladarlas a otros puntos habitados de la República o extrañarlas; disponer se juzgue militarmente como en campaña, y con las penas de las ordenanzas militares (el patíbulo) a los autores, cómplices y auxiliares de los crímenes de invasión exterior o conmoción interior, aun cuando haya cesado el *estado de sitio*».

EN receso del Congreso, toca al Consejo de Estado conceder estas facultades extraordinarias, y como el Presidente de la República preside este Consejo y lo nombra, quedaban de hecho en manos de un déspota el honor, la vida y la hacienda de los ciudadanos. El estado de sitio fue permanente, y la suprema válvula de escape en la conculcación de los derechos, el derecho de insurrección, quedó pendiente de un patíbulo cuya sombra proyectaba del Carchi al Macará.

JUZGUE el sociólogo, por la aprobación de esta Constitución del 69, suprema ley de la República, la abyección política en que habían caído las instituciones y el hondo abismo en que se sepultó la conciencia nacional.

SÓLO con una Constitución así se explica la flagelación del General Ayarza, vencedor del déspota en Tumbuco, la massacre de Jambelí, los fusilamientos de Maldonado y Viola, el martirio de Borja, las vergüenzas de Tulcán y Cuaspud, la confabulación traidora con el General Peruano Castilla, la protesta contra la Unidad Italiana, los confinios al Napo, y lo que es peor que todo esto, la traición a la República, destruida en sus fundamentos, y la importación de frailes y monjas a los que entregó la niñez y la juventud para que las educaran, asesinando con esto hasta la esperanza!

COMO la democracia fue reemplazada por la teocracia, el Estado, es decir, García Moreno, renunció al Patronato que había constituido el ejercicio de la soberanía en la tutela religiosa, y pactó un Concordato o sea la esclavitud de la República al poder Pontificio, por los términos en que ese pacto se realizó. De hecho el Ecuador quedó convertido en un Estado Pontificio consagrado al Corazón de Jesús. Con estos actos se consolidó la era teológica, se inició la guerra de religión, y a las desventuras causadas por el militarismo infiltrado en el organismo nacional, a la pobreza consuetudinaria del Erario, a la roña del caudillaje y las revoluciones, añadió García Moreno su herencia maldita, el eterno conflicto político-religioso, que tanta sangre ha costado y cuya solución aun está latente.

EN 1875 la situación política quedó planteada así: o la restauración de la República o el reinado insolente, ultrajante de un déspota: la Patria o García Moreno; y los conjurados de Agosto se sacrificaron por la Patria.

* * *

El enigma de Salazar

MAS, la conjuración del 6 de Agosto incubó en su seno una gran traición.

EN la trama de esta tragedia interviene una mano hábil que empuja por distintos caminos a la realización del tiranicidio, a grupos sin expresa confabulación.

Y COMO en toda comedia humana no puede faltar la sonrisa enigmática de una mujer, la conjuración de Agosto tuvo la suya, Juana Terrazas, lojana, hermana del Canónigo de este nombre, muy conocido en Quito. Los hermanos Terrazas eran oriundos de Sosorauga en la frontera Sur del Macará. «En aquel tiempo, dice Roberto Andrade,

la Terrazas tendría veinte años: era alta y rozagante, y su fisonomía no carecía de atractivos» (1).

A LO que parece, Juana era amiga de Moncayo, y fue en una conversación con éste, que, contestando a la displicencia con que Moncayo se produjo hablando de García Moreno, interrumpió entusiasmada, revelando la posibilidad de que sobreviniera una sublevación del ejército para derrocar al Tirano. No tuvo inconveniente en declarar que era visitada por el Comandante Francisco Sánchez, Jefe de uno de los Batallones acantonados en la Capital, quien estaba resuelto a cooperar en ese movimiento.

MONCAYO creyó descubrir un rayo de luz en las tinieblas de la conjuración que tramaba con Andrade y Cornejo. Desde ese instante fue inscrita Juana Terrazas entre los conspiradores, y fue ella la que puso en contacto al grupo de Moncayo con el grupo de Sánchez, por intermedio de Polanco.

ADEMÁS de estos núcleos, Faustino Rayo aparece en la escena sin contacto conocido con los conspiradores, y en el momento supremo, la Terrazas compele a Sánchez a permanecer firme en su cuartel, situado a pocos pasos del lugar en que se desarrolló la tragedia. El grupo de los filósofos estuvo en su puesto; Rayo fue empujado matemáticamente a la hora y al sitio precisos; la conjuración llegó a su desenlace; y, cuando todos esperaban confiados la sublevación prometida, alguien ordena la victimación de Rayo, herido y prisionero, y con este hecho queda sellada la boca que pudo decir toda la verdad, que pudo descubrir esa mano que empujaba desde la sombra la conspiración para eliminar al déspota. Sin esa seguridad de una promesa reiterada de Sánchez, relativamente a la sublevación de la tropa, que dejaba entrever una conspiración oficial, imposible, de toda imposibilidad, por grande que hubiese sido el arrojo y firme el convencimiento de la eliminación del déspota,

(1) R. Andrade.—«6 de Agosto».

imposible digo, que se hubiese elegido las puertas de un cuartel para la realización de un tiranicidio. Esta confianza hizo innecesaria para Moncayo la urgencia de una arma, si no para agredir, a lo menos para defenderse, y prefirió asumir inerte la responsabilidad histórica, pues que, de ser capturado, con arma o sin ella, su complicidad era evidente y su suerte habría sido la de Cornejo: el patíbulo.

POLANCO y Andrade han sindicado al General Francisco Javier Salazar, Ministro de Guerra de García Moreno, como el personaje misterioso que empujó a Sánchez a la traición a los conjurados, haciéndole saber a Moncayo por la indiscreción femenina de la Terrazas la falsa sublevación, y quien también empujó con precisión a Rayo a dar el golpe de gracia, y al negro López a matar a Rayo, antes de que hablara, desencantado, por el desengaño de la sublevación prometida.

EL General Salazar se ha defendido y le han defendido los suyos (1), pero esa acuciosidad personal, nerviosa, para capturar con su propia mano a Sánchez, murmurándole en voz baja algo que se tragó también la tumba, es muy sorprendente. La defensa máxima consiste en esto: Sánchez pudo acusarme y no lo hizo, luego soy inocente. Andrade ha respondido: en esa acusación Sánchez se jugaba la vida; y el que sabe que no será juzgado y que fugará seguramente, no tiene prisa en perder al que puede protegerle. En efecto Sánchez no fue juzgado y su fuga coincidió con la noticia de la captura de Andrade, declara el General Salazar (2).

DESDE ese día trágico y glorioso, la vida de Don Abelardo Moncayo tomó un rumbo inesperado,

EN la entraña de la hermosa Imbabura encontró un refugio y la simpatía ciudadana que le amparaba en las persecuciones. Montalvo, que mató con su pluma a García Moreno, según su propia expresión, visitó a Moncayo en Peguchi, cuando

(1) F. I. Salazar.—La Verdad contra la calumnia.—1876.

(2) J. Ignacio Salazar «Defensa documentada».—1887.

volvía del destierro, y le dijo a su amigo que esperara noticias buenas, realizada la exaltación de Borrero. Pronto llegó un nuevo desencanto con la noticia anunciada: «El morlaco nos ha engañado», le escribió Montalvo.

EL tiempo, que es el gran reparador, ha explicado que Borrero no engañó, que quiso gobernar por el sistema fusionista, y que con esto precipitó su caída, engañado por todos, hasta por el espejismo de su elección realmente popular.

BORRERO fue elegido Presidente en concepto de liberal, pero en realidad no fue sino opositor al régimen garciano; Veintemilla realizó la traición y usurpación del Poder titulándose liberal, y se acompañó del liberal Carbo y del liberal Urbina, pero si en verdad hubo liberales en esa época, no existía el liberalismo como partido político. Por eso la contradicción permanente entre los principios políticos y los hechos realizados en el Poder, por eso esa confusión caótica, hasta 1895, de los partidarios y los partidos. Sólo una línea negra existía en los campamentos políticos, perfectamente definida: el clericalismo garciano. Radicalismo, liberalismo, conservatismo, progresismo eran gérmenes de futuros partidos políticos en formación, con hombres, por el momento, pero sin programas. No asombre por lo mismo, que Borrero suba al Poder como liberal y caiga por clerical; que Veintemilla justifique la revolución pero no la traición; que sea apoyado por los liberales, que persiga al clero cuando le fue hostil, que le mime cuando llegó a entenderse con él, y que haya sido derrocado por la coalición de todos los grupos o banderías políticas.

LA persecución de Veintemilla a los liberales fue rabiosa, y en un oficio circular de Junio de 1882 a los gobernadores de provincia, declara el Ministro don Francisco Arias, de orden del Presidente, *fuera de la ley* a más de sesenta hombres distinguidos de todas las agrupaciones políticas y entre éstos figuran Francisco y Adriano Montalvo, Hipólito Moncayo, Nicanor Arellano, Constantino Fernández,

Eloy Alfaro, Modesto Andrade, Abelardo Moncayo, J. F. Centeno, Clemente Concha, Miguel Valverde, Cornelio Venuaza y muchos otros.

COMO al iniciarse la administración de Veintemilla tuvo un colorido liberal, hubo una tregua para éstos después de la larga dominación garciana.

¿QUÉ era entre tanto de la suerte de don Abelardo Moncayo?

SIEMPRE oculto, siempre amenazado con un juicio que era activado o dormitaba según las conveniencias políticas del momento.

EN 1876 contrajo matrimonio con la señorita Dolores Andrade Rodríguez, hija de don Rafael Andrade, hombre de posición social, de arraigadas ideas liberales, y que ha sido el tronco de una familia distinguida, cuyos hijos han escrito sus nombres en los anales de la historia con gran prestigio. Fue el padre de Rafael, Roberto, Daniel, Modesto, Julio y Carlos Andrade, todos ellos luchadores y colaboradores en la obra del liberalismo ecuatoriano, con su ilustración, con su espada y con su honorabilidad.

PERO esos días de paz a que me he referido concluyeron pronto, y se sucedieron alternativas caprichosas de libertad y persecuciones. «La Quinta» es frecuentemente visitada por escoltas. Veintemilla piensa que es buena política perseguir de tiempo en tiempo a los conjurados del 6 de Agosto. En esa misma época inicia don Juan Montalvo la campaña contra Veintemilla y los refugiados de «La Quinta» colaboran en «La Candela» acentuando la obra demoleadora de las «Catilinarias». A la proscripción de Montalvo siguió la persecución a los liberales.

CUANDO la serenidad amparaba a Moncayo, su vida metódica y fecunda se guió por los antiguos cauces del educacionista, alternando la obra del espíritu con las faenas agrícolas. Tuvo discípulos: sus hijos y sus parientes políticos; y el alma del filósofo que encontró el oro de la verdad y de la libertad en la meditación en los claustros universitarios,

en la amarga realidad de la vida, en las traiciones y las falsías de la política, se refugió en su propio corazón, hizo de su hogar una cátedra, y vació a manos llenas los tesoros de su alma en los seres que constituyeron por toda su vida el gran amor!

ESTA obra educacionista de Moncayo en su propio hogar, tiene proyecciones hacia la vida política del país, que no podía, que no debía serle indiferente. Se sacrificó por el honor de la República, el porvenir de ésta continuaba siendo su preocupación constante. Colaboró en «El Combate» la famosa publicación periódica del doctor Juan Benigno Vela y en el «Diario de Avisos» de Martínez Barreiro, que flameaba en Guayaquil como la bandera roja de futuras reivindicaciones.

Y NO fue la polémica doctrinaria lo exclusivo en la labor, sino las disertaciones históricas, la crítica literaria, las tesis de Derecho Público y Privado, el examen de la cuestión de límites con el Perú, el análisis de leyes, singularmente las que afectaban a la instrucción pública, estudios que forman parte del libro «Añoranzas», publicado por el amor filial.

EN esa producción asombra no tanto el atildamiento de la frase, la rectitud del juicio, la visión augural siempre acertada, cuanto la gran serenidad de un alma perseguida, desencantada, que no tiene una queja, una recriminación, un lamento.

DE la tragedia de Agosto no le queda sino el convencimiento íntimo de la bondad y justicia del acto histórico, y guarda un profundo silencio, que jamás lo interrumpe el orgullo de ser actor de un hecho trascendental en la vida política del Ecuador.

EN su «Alegato sobre la prescripción» de la causa célebre, estudio jurídico de gran valor del Sr. Moncayo, plantea la cuestión como exige una defensa, pero con desenfado, con tranquilidad, con ese equilibrio de espíritu que da la certidumbre de un fallo justiciero en los estrados augustos de la Historia.

REPROCHA la parcialidad de los Tribunales, y para la amargura de su eterna proscripción, sólo tiene estas palabras estoicas: «Ni al más empecinado de mis enemigos—dice—le deseo jamás noches y días, como los devorados durante esa eternidad (¡19 años!), y transcurrida precisamente en la época más hermosa de la vida y en la que nunca vuelve. Si para conocer lo que ama uno a ese pedazo de tierra donde hemos nacido, es preciso estar lejos de él largo tiempo; también para conocer lo que vale la verdadera libertad, la individual, la que es el alma del hombre, preciso es perderla; y con ella adios todo hechizo, toda ilusión, toda esperanza. ¿Qué trabajo sostenido y fecundo entonces para atender al porvenir, qué seguridad ni aliento en las empresas, qué fin, qué blanco a la existencia? Y al poner el pie en un camino tan tenebroso, el del proscrito, con la vergüenza de la derrota en la espalda y con la incertidumbre de un sombrío desconocido por delante, ah! valga la verdad, se la doy al varón más esforzado en el sufrimiento. Y cuántas veces sorteada la muerte: cuántas, pavoroso e indefinido el peligro, y cuántas por fin el desaliento y el despecho en el límite mismo de la desesperación! Y en tan largos y súbitos cautiverios, qué alcides a veces, qué privaciones, qué humillaciones, qué torturas! «Esa causa (la del 6 de Agosto de 1875), dice, ha constituido mi gloria y mi infortunio; mi gloria por cuanto ella ha servido de crisol a mi constancia en el sufrimiento».

HE aquí al filósofo; ya hemos admirado al patriota; sepamos los juicios históricos del escritor, las delicadezas del poeta, las facultades analíticas del crítico.

II

La obra literaria

Borrero, historiador

HAY libros de bondad positiva, que irradian luz propia, que han sido hechos expresamente para el

bien ; y hay también libros que por su malevolencia, por el ultraje a la verdad y el desacato a la justicia, producen por el rechazo de la iniquidad, el bien que directamente no quisieron realizar. A este segundo género, al de los libros de bondad negativa, pertenece la obra del P. Berthe intitulada «García Moreno, Presidente de la República, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano».—Es copiosa la bibliografía suscitada por este libro, pero sólo me referiré a la famosa «Refutación» de don Antonio Borrero, al libro inédito hasta 1904 de Dn. Juan León Mera,, y al estudio de Dn. Abelardo Moncayo, condensando los principales motivos.

Es sabido que la frailecía trata de santificar a García Moreno y realiza la propaganda en el mundo católico, presentándole como el tipo del gobernante que conviene a los intereses sectarios.

Y PARA hacer del déspota cruel y loco un modelo, el estropeamiento de la verdad era indispensable. Ha desfigurado Berthe, adulterándola, toda la Historia del Ecuador, al que presenta como un país de trogloditas, nidada de masones, de anarquistas y de ladrones; insulta a sus mejores hombres, a Rocafuerte, por ejemplo, le califica de aventurero; a Hall, de extranjero pernicioso. El Ecuador según este redentorista ha carecido hasta el advenimiento de su héroe, de toda acción política y religiosa, de suerte que García Moreno tuvo que empezar a sustituir con levitas los taparrabos de sus gobernados, construir los primeros templos, enseñar la adoración de Dios, y fusilar al que no se dejaba civilizar a su manera !

EL Sr. Mera, uno de los Santos Padres de la Iglesia garciana, amigo y corresponsal del P. Berthe, explica que «la vida de García Moreno es el medio de que se ha valido el autor para forjar una obra de alta valía religiosa, política y social, cuya doctrina es útil no solamente para el Ecuador, sino para cualquiera Nación que desée librarse de la espantosa revolución que viene minando en todas partes el orden moral».—Y esta panacea universal la

ha forjado y pintado, dice el Sr. Mera, «con los colores que se le han dado». Desde luego, «el P. Berthe anda generalmente muy cerca de lo cierto». Y, con todo esto, «el P. Berthe, concluye el Sr. Mera, ha servido al Ecuador; quienes le hacen daño son los que quieren menguar la mayor de sus glorias, vinculada en aquel—«extraordinario sér más genio que hombre, a quien los extraños levantan sobre sus cabezas para enseñarle al mundo como modelo de magistrados católicos que conviene imitar» (1).

FELIZMENTE, el ex-Presidente Borrero no comprendió así la obra de los conventos, y rechazó con una «Refutación» clara y documentada, todas las falsedades y las injurias a la nacionalidad, no solamente a sus hombres representativos.

PROBÓ que García Moreno fue mediocre como gobernante, desadaptado de su época como estadista, virulento como periodista, voluble como partidario, excesivamente orgulloso como hombre, cruel con sus enemigos y de la manga ancha con los pícaros, cuando éstos eran sus esbirros.

LA irreligión de los gobernantes que precedieron a García Moreno, la recuerda Borrero con los actos de leal catolicismo de Flores, la práctica del culto religioso de Rocafuerte, de Roca, de Urbina y de Robles. Con Flores colaboraron Rocafuerte y Urbina; con García Moreno colaboraron Flores y Veintemilla; con Veintemilla colaboraron Pedro Carbo y Urbina, al que calificaba Borrero de «viejo conservador»; y añade: (2) *Floreanos* fueron los primeros hombres del Ecuador, incluso el gran Olmedo, y *Roquistas* casi todos los que formaban el gran partido de nacional, que echó abajo la dominación del digno maestro de Urbina, transformado posteriormente en «ilustre fundador de la Independencia ecuatoriana, y, por lo mismo, padre de la patria». «Nadie negará, opina a este respecto

(1) J. L. Mera.—«García Moreno».—1904. Imp. del Clero—Quito.

(2) Borrero. «Refutación»—1889.

el Sr. Moncayo (1) el alborozo de los terroristas a la primera noticia de la rebelión en Guayaquil, al imaginarse que Veintemilla se había proclamado por ellos».

«DESDE 1852, año en que Urbina fue elegido Presidente de la República, no hubo en el Ecuador, afirma Borrero (2), sino dos partidos políticos: el urbinista o *ministerial*, y el liberal u *oposicionista*. Los patriotas, es decir los conservadores de que habla el P. Berthe, no existían en el Ecuador, salvo que demos ese nombre a los floreanos, que, como recién derrotados, no podían tomar cartas en política. García Moreno tampoco era conservador en esa época: él había sido revolucionario y hasta radical bajo el Gobierno de Flores, época en que llamaba fanáticos a los que sostenían que el derecho de Patronato no era inherente a la Nación; furioso oposicionista y hasta demagogo, bajo el Gobierno de Roca; e infatigable revolucionario, bajo el Gobierno de Urbina. Su nombramiento de Alcalde Municipal de Quito y de Rector de la Universidad, fue obra de los *liberales*, es decir, de los partidarios de Gómez de la Torre.—En el tiempo de que venimos hablando, servían a Urbina y después sirvieron a Robles, muchos de los que posteriormente, sirvieron a García Moreno y se llamaron conservadores. García Moreno tuvo en su servicio, en los diversos ramos del Poder, no sólo a los amigos políticos de Urbina, sino también a sus íntimos y confidentes».

Lo que hubo realmente en la época floreana y marcista fue gobiernistas y oposicionistas, denominándose *godos* a la aristocracia y oligarquías criollas y republicanos o *liberales* a los de la oposición. La denominación «conservadores», apareció por primera vez en la segunda administración de García Moreno, y fue importada de Colombia. Desde luego, el partido que ha fundado este caudillo, no puede

(1) A. Moncayo «Aforanzas».

(2) Borrero, ob. cit.

llamarse científicamente «conservador»; su propio nombre es: partido clerical.

Y SI en política la irreligión descrita por Berthe es falsa, ya apunté anteriormente, que en lo social, el Ecuador siguió en la vida colonial, católica, apostólica, romana hasta 1895, en que se inicia una nueva era.

POR esto afirma el Sr. Moncayo: «la escuela de García Moreno es exótica entre nosotros; no cuenta con un solo antecedente en nuestra historia» y «nadie hasta la época nefanda había osado en esta zona, proclamar como sistema el absolutismo, en nombre de la religión, ni nadie había declarado insuficiente toda ley, en nombre de la salvación del pueblo».

Y BROTA, naturalmente, la consecuencia de este desacierto político de García Moreno, por obra de su absolutismo: el rompimiento de la unidad religiosa en el Ecuador.

«HOY por hoy (1892), afirma el Sr. Moncayo, la situación no es idéntica, merced a imprudentes sectarios que, con Berthe a la cabeza, han pretendido el endiosamiento del crimen: merced a los escándalos y repetidos abusos del clero, existe ya en el Ecuador un liberalismo más acentuado que el de nuestros padres. Los atentados contra el dogma pasan inadvertidos para la multitud, no todos somos para teologías; pero sí la moral es la sistemáticamente desquiciada en sus bases, aun a los más frívolos les muerde la duda, y viene con ello el deseo de comprenderlo y escudriñar todo ¿y quién el feliz entonces que logra en esa pendiente detenerse a su voluntad?»

TAMBIÉN el estudio de la refutación de Borrero, sugiere al Sr. Moncayo otras consideraciones, además de la revisión histórica de los hombres representativos que intervinieron en los primeros cuarenta años de la vida republicana, y es muy singular el suave reproche a la acción de ese liberalismo teórico, moderado, católico o sin epíteto!

LA brillante retórica del panfleto, la altiva increpación al despotismo, no estuvo respaldada por la acción cuando las circunstancias así lo requerían; y, cuando llegó al Poder con Borrero, ese liberalismo moderado, fracasó ante el prejuicio legalista.

FRENTE a ese liberalismo católico se levantó ya hasta 1892, la falange de los precursores: los Moncayos (Pedro y Abelardo), los Montalvos (Juan, Adriano y Francisco), los Alfaros, los Portillas, los Semblantes, los Borjas, los Riofríos (Miguel), los Velas, los Valverdes, los Cárdenas, los Audrades, los Vargas Torres y los Conchas.

«RESUMIMOS: un liberalismo a lo P. Ventura, a lo Lacordaire, a lo Donoso Cortés, a lo Balmes, y lo más a lo Montalembert, he aquí el liberalismo tan vilipendiado, dice el Sr. Moncayo, torturado y perseguido sin treguas por un partido *exótico*, triste caricatura del carlismo español o del ultramontanismismo francés, importado en el Ecuador desde el 62, y precisamente para la defensa de todas las iniquidades cometidas en nombre de la religión».

POR todo esto sintetiqué mi pensamiento acerca de García Moreno en otra de mis obras (1) en estos términos: Los que queremos historia y no mistificaciones, deseamos las apologías y las diatribas, y anhelamos el estudio del magistrado no vulgar, trabajador, fanático, descentrado de la época, con pujos de un Portales indocumentado, inferior a Rocafuerte como organizador e ideólogo, cultivador de la ciencia; con el concepto justo de la honradez administrativa, que otros han confundido con la honradez inconsciente de una caja de hierro, y con una gran teatralidad en la acción política que ha deslumbrado a muchos y suscitado imitadores de opereta. Tres factores, además de lo dicho, determinaron el encumbramiento apoteótico de García Moreno: la pluma de Montalvo, la aureola de toda tragedia sangrienta y el interés sectario del clericalismo. Porque la figura histórica de García More-

(1) P. Jaramillo Alvarado, — "El Indio Ecuatoriano." — 1922

no, no es, en definitiva, sino una obra artística burilada por Montalvo, que elevó al *héroe* a la altura de la fama del tribuno, pues el gladiador de la prensa ecuatoriana sintió la urgencia de un émulo para lucir su escudo de romano antiguo y forjó un personaje de tragedia esquiliana: García Moreno. Sin la pluma de Montalvo, el jesuitismo no habría podido colocar en el Vaticano el busto de su *héroe*. Le habría faltado la propaganda artística que es perdurable.

Doña Marietta

HAY en la bibliografía nacional un libro simpático, por ser obra de mujer y por los estudios históricos que motivó: «Páginas del Ecuador» por Marietta de Veintemilla.

COMO en el caso de Berthe, salen al frente libros de réplica suscritos por ex-Presidentes, eclesiásticos, políticos ofendidos y el eco de esta polémica repercute en toda la producción histórica de una época.

DON Abelardo Moncayo figura entre los impugnadores de Marietta, desde luego, con caballerosa deferencia; no se exalta ni produce todo un libro documentado como Dn. Antonio Flores, ni es displicente como Rafael M. Mata, ni anatematiza como el canónigo Nieto, sino que tiene para la administración de Veintemilla y su historiadora, la galantería de esta frase sintética: «Marietta es la única página gloriosa en la historia de Dn. Ignacio». Y a fe que no encuentro un juicio más completo y justiciero acerca de los hechos del Gran Capitán.

LAS hazañas de Veintemilla carecen de originalidad: en eso de la usurpación del Poder por la traición plagió a Urbina y a García Moreno. En la derrota de Tumbuco cedió su caballo a García Moreno para que huyese más pronto; estuvo en Cuas-

pué; desempeñó un papel principal en las escenas que precipitaron la caída de Dn. Gerónimo Carrión, que le había ascendido a General; subió en nombre de los principios liberales al Poder; como García Moreno trató al clero a puntapiés cuando fue díscolo con su autoridad; pero no se le ocurrió, como a éste, que figurase su nombre en el misal romano, ni trató de expulsar a un Monseñor Tavani, Delegado Apostólico, por haberse negado a pontificar la misa de acción de gracias por la massacre de Jambelí, ni se tomó el cuidado de recoger a los frailes tunantes a la grupa de su caballo de guerra. Mas, tocóle presenciar el envenenamiento del Arzobispo Checa y la erupción del Cotopaxi, derogó el Concordato garciano cuando le estorbó, desterró a Montalvo que lo eternizó en sus «Catilinarias», se reconcilió con el clero y para la Dictadura tuvo en este elemento su más poderoso apoyo.

NADIE vivió mejor que Veintemilla la vida de príncipe en el Palacio; la naturaleza fue su cómplice aumentando las rentas con grandes cosechas de cacao, quina y condurango, a las que la Guerra del Pacífico se encargó de poner la máxima cotización en el mercado. No mató a sus enemigos, pero los flageló, como Rocafuerte lo hiciera con los monederos falsos. Si no pudo legar a la posteridad un Panóptico, como un dón sombrío del alma, su magnificencia y la eterna sonrisa de sus salones galantes se concretaron en una dádiva digna de su tiempo y de sus cortesanos: el Teatro Nacional. ¡Y las máscaras de la comedia siguen riendo a carcajadas en las decoraciones del regio dón!

Y ADEMÁS de esto, Marietta de Veintemilla, hermosa y valiente; ilustrada, sin desdeñar la coquetería de su sexo, aparece en la Corte del Rey Sol, como la estrella de la felicidad, y cuando ésta se eclipsa por la invasión de los Landázuris y otros bárbaros del Norte, ella, Marietta, es la *generalita* que dirige la defensa, que conjura las traiciones, que preside el Consejo de Ministros, que dicta las proclamas, que asiste a las batallas, que cae prisionera, y que en el ostracismo escribe las memorias

de su reinado en la Presidencia y en los corazones de un pueblo que no supo comprender las delicias de una Dictadura!

EFFECTIVAMENTE, Marietta, «es la única página gloriosa en la historia de Dn. Ignacio».

DIFÍCILMENTE podrá la crítica histórica, alterar este juicio que sobre la administración de Veintemilla ha estampado Dn. Abelardo Moncayo en su libro «Añoranzas»: «Noble fue y necesaria la revolución del 8. de Septiembre de 1876; pero, sobre lo brouco del instrumento, la traición fue su cuna. No traigamos a colación la sombría historia del protagonista, no recordemos sus horrores, condensados para mí, en este solo crimen: *su espantosa bofetada a su increíble fortuna*. Pudo ser algo más que héroe, pudo ser el regenerador y el ídolo de un pueblo, y... se quedó de Veintemilla!»

* * *

¿Lamar fue traidor?

NOBLE gesto en verdad, el de Dn. Abelardo Moncayo, cuando, en 1889, dando de mano a la polémica política, sale por los fueros de la justicia y defiende de un calificativo atroz. "al brazo poderoso de Bolívar en Junín, y no menos eficaz y formidable de Sucre en Ayacucho", a Lamar.

EN una producción poética llamó *traidor!* el doctor Honorato Vásquez, al prócer ecuatoriano más auténtico de la guerra de la Independencia. El historiógrafo don Antonio Borrero rechazó ese anatema por injusto. Vásquez insiste, y don Abelardo Moncayo, interpone hidalgamente el acero de su dialéctica en el torneo histórico, reemplazando con igual crédito al contendor de Vásquez, recusado de parcialidad, por su parentezco con Lamar.

Y EVOCA, entonces, los últimos y más brillantes días de gloria de la epopeya americana y los días azarosos y tristes, cuando las glorias de los liber-

tadores empiezan a empañarse por el humo de la guerra civil, y los pueblos unidos para la victoria, caen en una gran conflagración de intereses; las nacionalidades buscan las líneas que demarquen su fisonomía, y los grandes capitanes eligen su patria chica, una vez redimida la gran patria americana.

SUCRE y Flores fundan su hogar en Quito, y a no matarle la bala infame de Berruecos, el Mariscal habría sido el primer presidente *ecuatoriano*.

Los departamentos del Sur de Nueva Granada declaran su incorporación a la antigua Presidencia de Quito, con el apoyo de ciudadanos distinguidos nativos de esas regiones. En Guayaquil se discutía una posible anexión al Perú, y Lamar es elegido Presidente de esta Nación, como Flores lo fué del Ecuador, sin considerar al lugar del nacimiento.

EN esta época, casi todos los gabinetes de los gobiernos sur americanos acogen en su seno el prestigio y la colaboración de los pocos estadistas conocidos, con prescindencia de su nacionalidad.

TRANSCURRIAN agitados esos días en que el calor de las pasiones y de múltiples intereses, cristalizaban y moldeaban las nacionalidades.

LAMAR, presidente peruano por adopción, contando quizás con ocultas simpatías en las tierras azuayas, quiso agregar a su nueva patria, Cuenca, la ciudad natal. Pero en esa anexión se discutían antiguas ambiciones y enconos territoriales. Lo que fue el Reino de los Schyris y después Audiencia Real de Quito, tuvo desde la nebulosa época de las civilizaciones pre-hispánicas una fisonomía propia, dentro de un marco invariable de territorio, que respetó la Independencia en la creación del Departamento austral de Colombia la Grande, y la ambición de Lamar, o el error de Lamar, tenía que sufrir el rechazo que sufrió, y que, en la derrota, tuvo un anatema terrible: *traición!*

“ANTÓJASENOS a nosotros que un amor ciego quizás, pero excusable, dice Moncayo, a su suelo natal; la ambición de extender los límites de un pueblo cuyos destinos regía, en competencia con un vecino por demás grande y poderoso; el tesón de coronar la mira política de un partido a cuya cabeza se puso; la esperanza o la convicción, por tanto, de proporcionar una suerte próspera a la comarca que ambicionaba, fueron probablemente los móviles de su proceder, ayuno eso sí del juicio y cordura que tamaña empresa demandaba. Pero felonía, propiamente traición, no alcanzamos a ver en esta conducta”.

No pongo ni quito rey en esta delicadísima tesis, discutida de nuevo, en estos días, en la Universidad de Cuenca; admiró la magnanimidad que el señor Moncayo imprime a su defensa de Lamar, y observo que, de no haber tenido siempre el Ecuador un pico pendiente en sus relaciones con el Perú, la crítica habría sido menos severa con el famoso teniente de las huestes triunfadoras de Bolívar.

* * *

Después de Tarqui

Y ES que el nombre de Lamar ha quedado unido en la historia a la jornada de Tarqui, la primera acción de armas colombiana o ecuatoriana para definir el pleito de fronteras con el Perú.

LA generosidad de Sucre en ese entonces, expresada con caracteres de fuego en la ratificación del Tratado de Girón: “no pretendo abusar de la victoria, ni humillar al Perú, ni tomar un grano de arena de su territorio”, ha tenido en el tiempo la reciprocidad de una burla secular a todos los tratados, a todos los *estatu quo*, a todos los *modus vivendi*, a todos los recursos y fórmulas inventados por la diplomacia para atenuar las injusticias y hacer menos ofensiva la brutalidad de la fuerza.

EL Perú no ha negado ni podía negar el derecho evidente, por razones históricas y geográficas, por razones jurídicas y de mera equidad, el derecho que el Ecuador sustenta para que le sean devueltas sus posesiones en las riberas amazónicas y en las latitudes de Tumbes y Jaén de Bracamoros.

PORQUE además del Tratado y el Protocolo correspondiente a la paz firmada en Girón; además del reconocimiento continental del *uti possidetis* no abrogado por ninguna Cédula en lo que se refiere a segregaciones territoriales, ni cumplida la Real Orden en el aspecto simplemente administrativo; porque además de las expresas confesiones peruanas acerca de la legitimidad y autenticidad de los títulos ecuatorianos sobre Jaén y Tumbes; porque además de la constancia fehaciente de la proclamación de los derechos territoriales, hecha por los próceres de la Independencia en sus actas inmortales; el Ecuador, por una caballerosidad mal comprendida, firmó el Tratado Herrera--García, excediéndose, sacrificándose en sus concesiones por amor a la paz; el Ecuador, que no tuvo recelo de firmar una convención Tripartita, y, fracasada ésta, ir al Arbitraje, a manos lavadas, con la resolución de acatar el fallo, que luego tuvo que aplazar por influencias amigas o falsamente amigas, por una parte, y por la denuncia de que el veredicto sería salomónico, en la forma de partir la cosa reclamada dejándola sin vida, y ahondando con esto la diferencia de dos pueblos a los que urge consolidar la paz, poniendo por base la justicia; el Ecuador, que sigue y sigue discutiendo líneas hipotéticas para hipotéticos arreglos directos, por fórmulas de diversas denominaciones; el Ecuador, digo, por todos sus derechos, y por todas sus hidalguías, tiene la convicción de que podrá haberse excedido, de que habrá violentado tal vez el proceso que, sin embargo de ser secular, es imprescriptible, el Ecuador tiene la seguridad de que no ha firmado jamás, por sus hombres representativos un pacto ominoso, una concesión que sea indecorosa, y menos que con el Tratado fraternal, mejor que diplomático, llamado Herrera—

García, haya desvirtuado ni remotamente los títulos y derechos que con su sangre ratificaron los vencedores en Tarquí.

No coincido en este aspecto del estudio del señor Moncayo acerca de límites con el Perú, cuando califica malamente el Tratado Herrera—García, y deriva de éste consecuencias que carecen de esa exactitud de que hizo lujo el mismo autor, cuando replicó al Plenipotenciario peruano señor Sousa, en una nota diplomática, que es un jalón de gloria, en el debate sobre los derechos territoriales del Ecuador.

PERO más que los dictados de la pasión política no encubierta por la franqueza del señor Moncayo, al atacar la defensa que de la Convención Tripartita hiciera el doctor Luis Cordero en 1902, llama poderosamente la atención, lo que califica de política liberal internacional, para oponer una fórmula a los procederes del régimen conservador: "*Dar tiempo al tiempo*, hacer lo posible para entrar con los interesados en negociaciones directas, y a la vez procurar con ahinco tanto la excusa de un juez, tan mal y arbitrariamente designado, como la separación de Colombia de un pacto tan ominoso para ella y el Ecuador; tales fueron, dice el señor Moncayo, los consejos que, privadamente, por cierto, pero con marcada insistencia, insinuaron al Ejecutivo (en 1896) los responsables entonces de los destinos patrios; y tal por consiguiente, la norma a la que con tesón inquebrantable ciñó sus actos el Jefe de la Nación (General Alfaro), en sus gestiones diplomáticas".

Si el Tratado Herrera—García significó en 1898 el resultado de las negociaciones directas; si la suspensión del arbitraje en 1910, la inhibición del juez recusado; si consta que la influencia de Chile intervino calladamente en la disolución del convenio tripartito y obtuvo la separación de Colombia, ¿qué queda aún por hacer? ¿Dar tiempo

al tiempo? Pero si la historia de límites con el Perú no es sino la historia de los aplazamientos interpuestos por esta nación para jamás llegar a un término; si la realidad está diciéndonos que el tiempo nos ha quitado Tumbes y Jaén, que el tiempo permitió la fundación de Iquitos, que el tiempo va haciendo efectiva la Cédula de 1802 perfectamente impugnada ¿le convendrá al Ecuador seguir dando tiempo al tiempo?

QUIEN aconsejó esa fórmula que impugno y propagó aquella otra: "Tumbes--Marañón o la guerra" como el dilema destructor de todo arreglo equitativo y pacífico, no es amigo del Ecuador.

FELIZMENTE, para la memoria de don Abelardo Moncayo, aunque expone con calor la política aconsejada al General Alfaro, opina que es preciso llegar a un arreglo "con una demarcación racional, precisa y si no equitativa, digna al menos de un pueblo que demanda lo suyo para el amplio desarrollo de sus energías en lo futuro".

* * *

Prosas y versos

No es la producción literaria de don Abelardo Moncayo la expresión principal de su vida, sino una de las facetas, brillante, desde luego, pues que ante todo y sobre todo, fue un político de acción concreta, uno de esos raros políticos que ha estudiado silenciosamente un programa y que luego sabe aplicarlo sin rehuir responsabilidades, y que fía en el éxito, con la serenidad del que tiene un plan de gobierno definido.

Y si un estadista así posee además el don de transmitir sus pensamientos bellamente, si en la arquitectura de la frase se descubre el cultivo de los clásicos, en la precisión de la palabra que sustantiva o adjetiva el abolengo del más selecto latín, y en la fluidez de la producción el cultivo intenso, sustancioso, del iniciado en los secretos del arte, que

no atropella sus estudios por un exhibicionismo prematuro, ya es posible imaginar el feliz suceso de un apostolado.

EN los motivos de la producción literaria del Sr. Moncayo, aún en aquellos que nada tienen que ver con la política, el sabor doctrinario denuncia que en la copa burilada del verso o de la crítica, se ha libado el vino rojo y generoso de una propaganda lírica de renovación social.

Y CUANDO pondera al cura de Santa Engracia, que en Ibarra se llamó Mariano Acosta, cuando analiza deliciosamente las ingenuidades de los héroes de la novela "Cumandá", expresión *chateau briánica* del señor Mera, cuando augura con gran videncia el porvenir fecundo de la más dulce de las poetisas ecuatorianas—Mercedes González de Moscoso, es Silvio el que agradece a Athos, Vela a Moncayo, los dos campeones de un mismo credo; cuando irrumpe en modulaciones que exigen el verso para el acabado de la expresión, canta a la muerte de Montalvo, o consagra a este genio las consideraciones acerca de su obra civilizadora; cuando, en fin, aboga por el indio, en su estudio sobre el concertaje, la cuestión social palpita; y el cultivador del arte, al suscribir su producción, no se sorprende que la pluma haya tomado las proporciones de una espada, que jamás lució sin motivo ni se guardó sin honor. Quiero decir, Moncayo fue un político, que, hasta cuando cantaba a la "Soledad del Campo".....él bien sabía que añoraba el campo de batalla!

Y ADEMÁS, nunca fue un escritor de circunstancias: su pluma no se movió sino por grandes sugerencias artísticas o motivos palpitantes de orden histórico o político. Por eso, la producción del señor Moncayo, relativamente, no es abundante, pero en extremo selecta.

HE aquí una muestra de su sentido crítico literario: "Pero eso de dejarse leer de principio a fin, dice analizando la obra de don Pedro Fermín Ce-

vallos, como si por casualidad apurásemos un vaso de champagne, sin asomo de fatiga, con interés siempre creciente y con dulcísima y no razonada satisfacción. propio es tan sólo de escritores eminentes, de esos ingenios felices que llegan a obtener palma envidiable, mediante aquella cosa tan fácil de decir y tan ardua de adquirirla a maravilla: *el estilo!*, y éste únicamente es el sello infalsificable de los dotes intelectuales; y éste sólo el que abre a un escritor las puertas de la inmortalidad. E irreprochable casi es en este punto don Pedro Fermín: envidiable corrección y casticismo en la palabra y en la frase, concisión sin oscuridad, claridad sin difusión, elevación nunca desmentida en el pensar, rectitud en el sentir, amenidad en las descripciones, sagacidad suma al pensar en las causas de los sucesos y en las intenciones de los actores, fuego vivificador cuando la materia lo requiere, increíble y sencilla ternura como en la muerte del Libertador, por ejemplo, parsimonia en los adornos, elocuencia brotada de la naturaleza misma de los asuntos que toca, etc., etc., todo campea en nuestro *Resumen*, como en su propia casa, todo nos manifiesta la riqueza del pincel de tan afortunado artista”.

¿HAY en esta enumeración una fuerte reminiscencia de la manera de Montalvo? Moncayo expresa que de entre los imitadores del Maestro, solamente Aparicio Ortega, Roberto Andrade y José Peralta, son los afortunados que han penetrado en el secreto de la maravillosa dicción montalvina. Si en esto hay un honor, como lo creo, debe agregarse a estos nombres el de don Abelardo Moncayo.

* * *

I I I

La acción Política

La revolución del 95

DESDE la tragedia del 6 de Agosto hasta la revolución liberal de 1895, habían transcurido vein-

te años, como veinte siglos, en la vida de don Abelardo Moncayo.

LAS realidades de la vida le habían enseñado tremendas advertencias para dar solidez a las meditaciones de la filosofía, le habían señalado derroteros ocultos que le condujeron a la purificación por el dolor, a la revisión de sus lecturas y a la producción literaria y política selecta. En política, sin renegar jamás de la trascendencia histórica de su acto inicial, ni jactarse de él, sus juicios adquirieron la solidez y el método para la realización práctica, que luego hubo de revelar en el Gobierno.

Pudo constatar que, si bien la teocracia garciana seguía corroyendo la entraña misma de la vitalidad ecuatoriana por la acción de la frailecía extranjera infiltrada en el poder, la evolución del ideal liberal obtuvo ya una iniciación franca, después del 75; muy débil con Borrero, adulterada con Veintemilla, perfectamente falsa con Caamaño, algo desenfadada con Antonio Flores y claudicante con Cordero; pudo constatar que una evolución se operaba, y coadyuvó a ella con su pluma, en la producción literaria y política ya mencionada.

EL proceso fue ineludiblemente sangriento para el liberalismo. A los desmanes de Veintemilla, se sucedieron las inmolaciones de Viteri, Infante, González y Vargas Torres, realizadas por Caamaño. El martirologio había inscrito muchas víctimas liberales desde Hall, el primer mártir de la gran causa; había encontrado el partido en gestación su gran vocero en Montalvo; y, en las fulguraciones de la espada de Alfaro, la esforzada defensa de la idea. Alfaro había acreditado su filiación en las montoneras del "Colorado" y la ayuda a la expedición que fracasó en Jambelí, contra la tiranía de García Moreno; concurrió a la acción de Galte convencido de que Veintemilla sería un liberal sincero; estuvo en Mapasingue y determinó el éxito de la Restauración; mantuvo en jaque a Caamaño, y afirmó su heroísmo.

en Jaramijó; Alfaro tuvo ya para 1895 todo el prestigio que le reconoció el Ecuador, cuando realizado el desmoronamiento del progresismo podrido por los crímenes y por los peculados, se hundió con la cínica negociación del contrabando de la fragata "Esmeralda", transacción indecorosa realizada por la influencia amiga de los gobiernos chilenos, y que produjo el toque a somatén en todas las almas liberales dispersas por la persecución caamañista, y que esperaban un motivo de unión y una mano lealmente liberal que mantuviera en alto el estandarte rojo.

EN esta hora de la historia encuéntranse los partidos políticos aun indefinidos: el clericalismo garciano sigue nombrándose, falsamente, partido conservador, y para la reacción contra este régimen, el llamado liberalismo católico, encontró en la sutileza de don Antonio Flores una nueva denominación: el progresismo.

Lo que fue progresismo tiene una explicación en la obra de don Abelardo Moncayo, "Año-ranzas". "Un partido nuevo supone, dice, una nueva necesidad social, otro credo político, otro sistema de gobierno, otras aspiraciones; supone el gastamiento de las fuerzas de los antiguos partidos contendientes, la realización del ideal que antes se perseguía, una nueva tendencia a mayor proporcionamiento. ¿Distinguen estos caracteres al conservador progresista? ¿Cuál es su credo, cuál su ideal que vemos realizado, cuáles sus aspiraciones? Aun en los pueblos más adelantados que el nuestro, esta diferencia de matices en las dos grandes comunidades políticas que por el poder bregaron eternamente, no implica otra cosa que el *dividir para reinar*, esto es, la ambición de unos pocos que, por satisfacerla, se dividen en facciones, estrechan sus círculos y se agarran de donde pueden". "Si pues, ni mote ni bandera ostenta el nuevo partido, ni obedece a ninguna necesidad, pandilla será, facción, lo que se quiera la tal agrupación; pero no un partido serio. Y como es demasiado conocida su

tendencia, *la de adueñarse del poder*, la de estrechar el círculo de la alternabilidad presidencial, de reducirle a una especie de *argolla* de reloj, como si dijéramos, razón nos sobraría más que suficiente para calificar al conservador-progresista de simple faccioso oligarca”.

Es la concretación más exacta de ese sistema que don Antonio Flores ha hecho pasar a la historia como *progresismo*, y que cayó irremediablemente, por falsa doctrina en 1895.

LAS agrupaciones políticas, felizmente para el Ecuador, no han confundido en sus pasiones y en sus luchas, los altos intereses de la República, los que afectan a la existencia misma de esta institución. Por eso en 1875, el liberalismo castigó inmisericordiosamente al detentador de los fueros de la soberanía, conculcados en la Constitución del 69; y, en 1895, aplastó como a un insecto vil al progresismo que llegó a su expresión máxima como facción oligarca en el negociado de la “Esmeralda”. Ese tráfico inicuo con el honor nacional, de cuya responsabilidad no podrá eximir la historia al Gobierno del doctor Luis Cordero, por haber consentido en la farsa, que Caamaño explotó en oro, descubrió toda la lacería del progresismo y puso en evidencia el dolo de toda agrupación que voluntariamente se pone al margen de los partidos clásicos. Lástima grande que los ensayos republicanos de don Antonio Flores y su personal hidalguía, tengan en las páginas de la historia la proyección de la sombra del señor Caamaño convicto y confeso de fea imputación financista. No creo imposible el deslinde de responsabilidades, para bien de la dignidad nacional, pues que de los presidentes que se han sucedido en el Poder en los primeros sesenta y cinco años de la República, sólo en dos ocasiones encontramos la silueta del Estadista que tiene clara conciencia de su misión y la concreta en un programa: Vicente Rocafuerte y Antonio Flores.

AL movimiento político del 95 no fue extraña la cooperación de la vieja escuela garciana encar-

nada en don Camilo Ponce, candidato de oposición a la oligarquía caamañista en las elecciones de Flores y Cordero, regímenes a los que combatió duramente en la prensa, precipitando el descrédito del *progresismo*, que para sostenerse y buscar simpatías en la opinión, nombró a dos liberales doctrinarios Alejandro Cárdenas y Francisco Andrade Marín, Ministros Secretarios de Estado. Esta fusión en el Gabinete descubrió mejor la inopía del régimen que buscaba, en los artificios, las soluciones a una realidad que era un fracaso en la opinión del país.

EN la conmoción social, mejor que política del 95, se encuentra el caos producido por la falta de partidos políticos con programas definidos. Y así encontramos liberales y progresistas en el Gobierno, poncistas y liberales en la oposición. Las primeras protestas armadas contra Cordero, y que motivaron su renuncia de la Presidencia, aparecen en las diferentes facciones y *fusiones* sublevadas; el pronunciamiento mismo de Guayaquil en el 95, no se caracterizó como tendencia francamente liberal sino cuando fue proclamado don Eloy Alfaro, Jefe Supremo de la República y entró en campaña este prestigioso Jefe. Las batallas en San Miguel de Chimbo, en Gatazo y Girón, dieron en tierra con el *progresismo*, y situaron en su propio terreno a las facciones clericales de las distintas denominaciones, pues la sombra de García Moreno proyectó su influencia malsana, directamente hasta el 95, y subterráneamente hasta estos días en que el liberalismo toma una modalidad *nacionalista* o sea un *progresismo* ingertado en la entraña viva de un partido que sólo ha planteado los prodromos de su programa político.

EL terrorismo afiliado al poncismo y unificado con el *progresismo* en el desastre, se concentró principalmente en las provincias fronterizas con Colombia y luego tuvo manifestaciones esporádicas en diversos puntos de la República. Las batallas en "Cabras", "Chambo", "Quimiag", "Sa-

nancajas" y "La Florida", consolidaron el liberalismo en el Poder. La obra de reforma contiene el proceso complejo, cruento, no exento de responsabilidades; pero cumplida ha quedado la obra, por lo que toca a los iniciadores de la doctrina liberal.

* * *

La guerra de Religión

TRIUNFANTE el General Alfaro se definieron claramente los dos partidos políticos antagónicos: el clericalismo garciano y el liberalismo doctrinario. Todas las medias tintas del progresismo o del liberalismo católico, completamente moderado, tuvieron que definirse en ese instante. Esos matices se reputaron los caminos del transfugio, y por ellos llegaron a incorporarse al nuevo régimen, antiguos cofrades del caamañismo derrotado.

YA se puede imaginar la actitud del clero y de la frailecía nacional y extranjera, fieles guardianes de la tradición garciana, ante el advenimiento de la era auténticamente liberal. Con el régimen marquista, con la administración de Veintemilla, con el progresismo, los clericales se inquietaron, pero luego obtuvieron la transacción o la categórica declaración del doctor Luis Cordero, relativa a que, en un conflicto entre los intereses del Estado y los de la Iglesia, estaría por los de la última, expresión máxima del liberalismo posterior al 6 de Agosto de 1875. Como afirmé en otro lugar, habían existido liberales antes del 95, pero no Partido Liberal.

LAS consecuencias funestas del rompimiento de la unidad religiosa realizado por García Moreno, se presentaron con caracteres de guerra a muerte en la reacción clerical del 95, que mostró cuán hondamente había arraigado el concepto de la política teocrática mantenido con ardor por el ejército negro importado por García Moreno. Era este el mercenarismo de la cogulla equivalente al mercenarismo de la espada del primer Flores. Para extinguir al pri-

mero, Rocafuerte no temió que le titularan déspota, para nacionalizar y limitar la acción del segundo, puso Alfaro la piedra fundamental. Con la diferencia de que Rocafuerte fue secundado en la obra por el propio Flores, quien reconoció el mal, sin poder remediarlo, en los primeros días caóticos de la República; y Alfaro encontró la primera oposición en sus propias filas, en el seno mismo de la Asamblea Nacional y de los Congresos. De modo que la reforma tuvo que ser lenta, flexible, dolorosa.

No faltó ni la consabida comunicación oficial al Papa, ni actos de tolerancia liberal como la solicitud en favor de la Beatificación de Mariana de Jesús, ni la concurrencia oficial a las ceremonias religiosas; pero el clericalismo que sabía la diferencia fundamental del liberalismo de Alfaro, no consintió que el pueblo lo confundiera con el de Urbina, con el de Veintemilla y con el de Antonio Flores, y le cerró bruscamente las puertas de sus templos, y la situación quedó planteada en el terreno de la franca propaganda doctrinaria de la prensa liberal.

Y LAS voces de la nueva cruzada que tuvo su sede en la frontera sur de Colombia, llenó de clamores, de gritos de combate, y luego de sangre, el ambiente y la tierra ecuatorianos. Los Obispos extranjeros Schumacher y Massia, los nacionales Calisto y Andrade, las huestes acaudilladas por el doctor Aparicio Rivadeneira, exaltado en una proclama célebre, a la calidad de Gedeón ecuatoriano, Gefté de los Andes, Libertador de la casa de Israel, las comunidades religiosas y el pueblo fanatizado, toda una ola clerical se irguió amenazante, mientras Alfaro agotaba las fórmulas diplomáticas ensayando un *modus vivendi* con la Santa Sede, que había enviado a Monseñor Guide y luego a Monseñor Gasparri, para acordar una nueva versión del Concordato. El fracaso de esta misión, desnaturalizada por el clero ecuatoriano que confiaba en la reacción, produjo el estallido político-religioso que terminó con el triunfo de las armas liberales en

Sanancajas en 1899.—De estas jornadas quedan dos jalones en el campo de las reformas: el Memorandum que presentó a Monseñor Guido, el señor doctor don Manuel Benigno Cueva, con la exposición de las tropelías del clero y la frailecía, y la aprobación de la Ley de Patronato, obra del señor doctor don José Peralta, Ministro de Cultos y Plenipotenciario en las conferencias de Santa Elena cerca de Monseñor Gasparri.

EN este momento de la grave escisión político-religiosa, inicia don Abelardo Moncayo, como Gobernador de Imbabura, la obra de su política administrativa.

RESIDÍA en Ibarra, en su calidad de Obispo, Monseñor González Suárez, antiguo amigo de Moncayo, por quien tenía deferencias un tanto fraternales.

CONOCIDA era ya para el Ecuador la figura política de González Suárez, quien, ante el túmulo levantado en la Catedral de Cuenca para las exequias de García Moreno, dijo sin reticencias: "No pertencí a su partido político, como es notorio". Luego en los Congresos, mejor dicho, Concilios, a los que concurrió en diversas ocasiones, su tolerancia le atrajo el calificativo de liberal, de ese liberalismo católico de que hemos hablado. Este dicho se acentuó cuando en el Congreso que expulsó de su seno a don Felicísimo López, por excomulgado, el Obispo de Ibarra abandonó el recinto de la Cámara, para no concurrir con su voto a ese desafuero.

No extrañó, por lo mismo, que ante la falsa cruzada de los gedeones clericales, opusiese la resistencia de su verbo cálido, humano, profundamente político.

BIEN sabía que su frase lírica no detendría una revolución ya hecha, y que su crédito, además, como antigarciano, avivaría talvez el encono reaccionario; pero su voz, si bien se perdería en el desierto de los campos de Israel, le ponía en el campamento li-

beral, ávido de una tregua de Dios, en el predicamento de evitar con autoridad y derecho, los atropellos consiguientes a la derrota inevitable de los clericales. En esa ocasión fue que lanzó la frase célebre: "no se debe sacrificar la patria por salvar la religión", que produjo el escándalo en el partido teocrático y llevó su queja al Papa, sindicando a González Suárez de apostasía. Roma aprobó la actitud del Obispo de Ibarra, que salvaba los intereses católicos con un acto de tolerancia perdonable.

FUE Moncayo el confidente para esa larga tramitación que precedió al restablecimiento de la paz. Primero en la Gobernación y después en el Ministerio la comunicación fue continua; y si bien, en ese instante, debía aprovecharse una palabra de paz venga de donde viniere, mayormente de la autoridad de un Prelado, éste supo resarcirse en demasía, insensiblemente, de ese sentimiento de gratitud que logró despertar con sus pastorales políticas en el ánimo del Gobierno. Sus actitudes posteriores aclaran el verdadero plano político en que situó González Suárez su apostolado.

UNA carta dirigida por ese ilustre Obispo, desde Ibarra, el 3 de Mayo de 1898, a Dn. Abelardo Moncayo, arroja inmensa luz, para juzgar de la trascendencia de la política de González Suárez: "En la conducta del hay cosas que no se explican sino teniendo presente la triste idea que, con razón, han formado del Ecuador los extranjeros: ahí está el Sr. Abreu. . . . Este otro como que será Abreu segundo! Ay, y mil veces Ay! ay! . . . veo venir el cisma, como se lo he escrito otra vez. Los quiteños somos muy versátiles. . . . que suba al solio un García Moreno radical, y la cosa estará hecha. El mal debiera hacerse imposible con sacrificios mutuos. . . . Hay momentos en que el alma llama a gritos a la muerte". (1)

HE aquí un juicio histórico acerca del clericalismo garciano siempre combatido por González Suá-

(1) Del archivo de la familia Moncayo.

rez. La alusión a Monseñor Guide en la comparación con el Sr. Abreu, que trató a los ecuatorianos como a salvajes, es muy clara. Ante la negativa del Delegado del Papa para arreglar siquiera en principio una versión del Concordato sobrevino el cisma que decretó el Patronato, y ¿cómo cauterizar para siempre el cáncer del clericalismo, de esa política dañosa al catolicismo? Con el advenimiento del Poder dinámico, despótico, sangriento, sin mancha de peculados de un García Moreno, pero de un García Moreno radical, que corte por la sano la gangrena y coloque a la frailecía al margen de la política por cualquiera de los métodos garcianos, obligando a la formación de un partido conservador sin disfraz de cura, para que luche francamente con el liberalismo: he ahí el desideratum de esa hora crítica, según el concepto de un historiador católico, incomprendido y por eso odiado por los terroristas; incomprendido y por eso decididamente influyente en la anulación de hecho, de todas las reformas liberales escritas.

Es tan inmenso el daño causado al Ecuador por la teocracia de García Moreno, que el Obispo de Ibarra sólo imaginaba posible la reparación, usando de una tiranía radical. Solamente que el arma indicada por González Suárez, tiene doble filo, y si corta la gangrena por el un lado, por el otro arranca el cuello del déspota que la usa. No era Moncayo quien podía aconsejar a Alfaro una tiranía! Desde luego, hay patriotismo en la obra política de González Suárez, al haber urgido por la formación de un partido político que difiera del clericalismo, y conjure la guerra de religión, la horrible herencia de García Moreno.

* * *

El Ministro Moncayo

DESPUÉS de veinte años de ausencia de la ciudad natal (1) hizo su entrada solemne a Quito D.

(1) Sr. Moncayo nació en Quito, el 6 de Junio de 1848, en la casa contigua al Teatro Sucre, Carrera Guayaquil.

Abelardo Moncayo, acompañado de D. Eloy Alfaro, sus Ministros de Estado y un gran núcleo de caballeros que habían salido a recibirle en su arribo al regresar de Imbabura.

YA había amanecido para el Ecuador, conforme a los votos y según la expresión de Vargas Torres en su último manifiesto escrito en las gradas del cadalso; ya podían retornar los proscritos, los perseguidos por la causa de la justicia, los que habían cultivado en silencio el dolor, y con el dolor el advenimiento de una nueva era.

DEBELADA la invasión terrorista del Norte, clausuradas las sesiones de la Asamblea Constituyente a la que concurrió don Abelardo Moncayo como Diputado, nombróle Alfaro su Ministro Secretario de Estado, exaltando con este acto el público reconocimiento que hacía del pasado histórico de este hombre de carácter inquebrantable, lleno de fe mesiánica en esa libertad ansiada durante largos años, y al que la tempestad le seguía siempre, como el rayo a las cumbres.

LA acción oficial del Ministro Moncayo no es de larga duración, pero sí de gran intensidad.—“Híceme cargo de la Cartera de lo Interior en Octubre de 1897, dice el Sr. Moncayo, en una de sus publicaciones políticas (1). Dos y pico de años en la vida de un pueblo son como una milésima de segundo en la de un individuo; no así en los tiempos revolucionarios, en los que cada minuto es decisivo para la esplendidez del triunfo o para la derrota; vine, pues, cuando ya el rumbo se había dado a la nave.—Dn. Tomás C. Mosquera, fue como un relámpago en materia de reformas; pero también como el relámpago brilló aquella Colombia brotada del aliento de la Convención de Río Negro: nada han dejado en pie los *providenciales*. D. Eloy Alfaro se dijo “qui va piano va lontano” y nunca dio gusto a los apurados: quizá su obra sea más duradera”.

(1) A. Moncayo.—«Aclaraciones».—1909.

DESPUÉS de haber contribuido con su talento, con su sagacidad y con su inquebrantable fe en el éxito de la revolución liberal, a la conclusión de la guerra del Norte; después de haber planteado los principios de la doctrina liberal en la Asamblea Constituyente, que llegó a presidir, cuando el doctor don Manuel B. Cueva fue elegido Vicepresidente de la República; después de haber continuado esgrimiendo su pluma en la prensa, como en los pasados tiempos del progresismo, el Ministerio vino a constituir la coronación de la brillante carrera del señor Moncayo y todos sus actos tuvieron la trascendencia decisiva de las determinaciones políticas en los tiempos revolucionarios, en los que bastaba un desacierto para comprometer o anular todo el sacrificio y los heroísmos de la reacción social de 1895. Las resoluciones en el Gobierno del señor Alfaro tuvieron, en su primera administración, el aplomo que brota de la serenidad ante el peligro, y por eso culmina después de casi treinta años, el impulso inicial que dio Alfaro a las reformas.

PARA el Ecuador el Ministerio de Moncayo apareció como la consecuencia lógica de una vida consagrada a la exaltación de un ideal. No fue el *arribismo* el camino que le condujo a la cima, y por eso será recordado como el primero entre los Ministros de verdad, entre los que han dejado huella en el vértigo de los meteoros que han pasado por las Secretarías de Estado; Moncayo preside el grupo de los estadistas Valverde, Peralta, Gonzalo Córdova, Luis Martínez, Juan Francisco Game, Mosto Peñaherrera, Luis N. Dillon y algún otro.

PARA el clericalismo, naturalmente, la exaltación de don Abelardo Moncayo, fue una desesperación y un reto. En el Congreso de 1898, se puso de manifiesto el odio sectario contra el apóstol del liberalismo. Desde el primer momento, por un *lapsus lingui*, por una *cuasi* indiscreción en el empleo de un término; y luego, por los desafueros de la barra que, se dijo, la formaban militares mandados por un jefe de la guarnición, tronaron los pro-

yectos de votos de censura, propuestos por los diputados Juan de Dios Corral, Pablo Mariano Borja, Rafael Arízaga, Honorato Vásquez, apoyados por los liberales opositoristas. La voz autorizada y serena del doctor Luis F. Borja, que reclamaba calma y estudio; la sugestiva interrogación de Dn. Luis Adriano Dillon, que insinuaba el deslinde liberal en esa ambigüedad de los primeros tiempos de la vida del partido; las protestas de lealtad a su credo durante toda su vida, de don Eleodoro Avilés, desvanecieron el complot para provocar la caída del Ministro Moncayo, quién, una vez alejada la amenaza, se separó accidentalmente para luego volver a reanudar sus labores .

EN toda la campaña contra el Gobierno de Alfaro, en los últimos años de su primera administración, toda la tempestad provocada por guelfos o gibelinos se descargaba sobre el Ministro Moncayo, trátese del ramo de administración que se tratase. Era que se tenía la conciencia de la autoridad de su palabra en el Gobierno. Con ser Alfaro una individualidad refractaria a las influencias, sabía apreciar una opinión y pedir un consejo.—Las manifestaciones de la política ecuánime, acertada y siempre con tendencias doctrinarias de Moncayo le denunciaban a su pesar en las reformas de la Instrucción Pública, en la dirección de la política internacional, amén de las propias labores en la Cartera de Gobierno.

RECHAZANDO una ocasión (1) los celos de Dn. Flavio Alfaro por el ascendiente de Moncayo en el Gobierno, se explicó así: "Cuánta, oh cuánta mi satisfacción de que todavía respire ese Magistrado (don Eloy Alfaro) para que el mismo conteste si exagero al aseverar que jamás, jamás oyó de mis labios, consejos o insinuaciones, hijos de pasión malévola o tendientes a alguna injusticia; que jamás jamás me vio movido de venganza u odio, y que casi siempre fuí defensor, y testurado, hasta de mis

(1) «Aclaraciones» ob. cit.

UNA vez en el Poder el General Alfaro, fue llamado enseguida a colaborar en la administración el señor Moncayo que había permanecido al frente del Instituto Nacional "Mejía", como Rector, durante todo el período del General Plaza, contraído con amor al apostolado liberal, y no quiso separarse de ese terreno que reputaba más importante que el de la política de Gabinete, para el porvenir del Partido Liberal, y siguió siendo amigo y consejero de Alfaro, dentro de los límites que expresó públicamente en su réplica de 1908 al General Flavio Alfaro.

FUE elegido Senador, y Presidente de la Cámara, y en esta calidad reemplazó en 1908 al General Alfaro, como Encargado del Poder Ejecutivo, pues; se diagnosticaba una enfermedad mortal al caudillo, que tuvo que ir a buscar salud en las orillas del mar.

EN esta emergencia la ambición al Poder estalló súbita en todos los candidatizables, y la intriga desató sus malas artes, que llegaron a sindicar a don Abelardo como interesado en la cuestión presidencial para su hermano político el General don Julio Andrade que a la sazón se encontraba de Ministro Plenipotenciario en Bogotá.

SINEMBARGO de que comprobó su lealtad, la cizaña prendió en el corazón de don Eloy, pues la intriga había herido la fibra más delicada, y sin aparatos descomedidos, en silencio, la vieja y leal amistad tuvo un paréntesis.

LUEGO hubo de convencerse Alfaro de su error al haber dudado del señor Moncayo, y gestionó una reconciliación, pero éste se mantuvo cortésmente en su puesto.

"Y SÉPASE que esto provenía más que todo, dice el señor Moncayo en sus "Aclaraciones", del cansancio, del tedio y la repugnancia que desde hace fecha viene inspirándome la política del Ecuador. Desde las postrimerías de su primera administración ya debió haberlo notado el señor Alfaro; pero desde principios de 1906 no podía ser más palpable

mi tendencia a escurrirme, digámoslo así, de todo cuanto oliese a vida pública”.

EN los días que reemplazó en la Presidencia de la República al General Alfaro, pudo conocer la horrible situación del país, que se iba acentuando cada día. El conflicto internacional del año 1910, en que la Patria pedía el consejo de sus hombres representativos para el mejor acierto, sacó de su terquedad al señor Moncayo y acudió un día al llamamiento del General Alfaro, que le recibió conmovido. El abrazo de reconciliación tuvo los caracteres de un desagravio dictado lealmente por el alma del Viejo Luchador, y en esa amistad renovada, sonó la campanada del 11 de Agosto de 1911, que determinó la caída irremediable de Alfaro, por no haber querido ser un García Moreno radical!

LA obra de don Abelardo Moncayo en el Instituto Nacional “Mejía”, será imborrable.

“VOLVIENDO al “Mejía” dice D. Abelardo, en un Memorandum que dejó al Instituto como un legado de amor, volviendo al “Mejía”, qué niñez tan enfermiza y casi agonizante la suya, y no se diga que por escasez de recursos: no vivíamos entonces tan a la portuguesa como ahora. Por hacerlo mejor, el Presidente de la República don Eloy Alfaro, confió ese recién nacido a un Barón alemán o sueco de muchas campanillas como sabio y pedagogo dizqué; pero que resultó. . . . rediós!, una verdadera maravilla. Sucediéronle como Rectores algunos doctores liberales de alto coturno y merecido renombre; pero no sólo no mejoraba el desgraciado infante, sino que continuaba de muerte. Tomólo, por fin, a su cargo el Sr. Dr. D. Manuel Benigno Cueva, y comenzó su restablecimiento. Orden, disciplina, reglamentación adecuada, inteligente selección de profesores, regularidad y corrección en la administración económica, de todo eso puso las bases aquel excelente ciudadano; pero todo ello estuvo a pique de dar en tierra cuando se separó; pues, a pesar de las innegables dotes de su sucesor, no comprendió éste la naturaleza especial del Institu-

to, la laicalización, y menos su distintivo carácter, el de la propaganda.—La modelación definitiva del “Mejía”, por consiguiente, su consolidación, y por fin, su progresivo adelanto y actual renombre—con inmodestia y todo y ruja cuanto quiera la envidia—obra es exclusivamente mía; y aun más brillante sería su situación, al ser otra la del Erario”.

DE las obras eficaces del liberalismo ninguna más alta por su trascendencia que la fundación del “Mejía”; y si es evidente que la consolidación del crédito del Instituto se les debe a Cueva y Moncayo, el período brillante ha llegado, sobre las bases sólidas del pasado, con el Rectorado del Sr. Dr. Manuel María Sánchez, toda una fuerza de acción en el campo educacionista.

PERO la baja intriga politiquera que todo lo daña, inventó en su odio un recurso para separar al Sr. Moncayo del “Mejía”, contando siempre con el apoyo del clericalismo: la Legislatura insistió en una ley que exigía a los Rectores la condición de ser bachiller para ejercer el cargo, y él, el gran educador, carecía de un título en la forma exigida por la ley, que en esta vez era la injusticia!

SALIÓ, pues, el señor Moncayo del “Mejía”.

LUEGO de que estalló la convulsión política del 11 de Agosto, fue perseguido, y después de los sucesos del 5 de Marzo de 1912, de nuevo la proscripción le arrojó de la República.

DE Lima volvió en 1915, y se encerró como cuarenta años antes, en su retiro de “La Quinta”, en Imbabura.

Y VOLVIÓ a Quito en 1917, extenuado, viejo, pero siempre valeroso, firme siempre en sus gloriosas ideas.

Y MURIÓ serenamente, con la convicción de quien ha cumplido un grande y bello programa de renovación social, absuelto por su propia conciencia, el 29 de Junio de 1917, a los sesentinueve años de edad.

DE las opiniones de la prensa enlutada, de los elogios de los amigos, de la condolencia social y las manifestaciones de la juventud, sólo recojo un concepto del diario "El Comercio" de esta ciudad: "Para juzgar de la actuación política, legislativa, administrativa de D. Abelardo Moncayo en la primera administración de D. Eloy Alfaro, dice, sería necesario estudiar la actuación de este último, porque los dos, después de haberse mutuamente conocido y comprendido—se completan, casi pudiéramos decir que se identifican; pero para ese estudio, vendrían muy estrechas las columnas de que disponemos. Baste decir que D. Abelardo fue el cerebro de ese Gobierno y D. Eloy la voluntad, el brazo que ejecutaba las concepciones de aquél".

EL monumento a D. Eloy Alfaro será incompleto si no le acompaña a su lado el Ministro Moncayo. Así perpetuó Chile, justicieramente, la obra del Presidente Manuel Montt y su Ministro Antonio Varas.

* * *

IV

La Doctrina

Los principios liberales

HASTA aquí los hechos históricos; el devenir inconstante y tumultuoso y contradictorio del oleaje humano golpeando en la roca viva de los eternos ideales; la colaboración genial de los hombres representativos en la obra inmensa de encauzar el pensamiento contemporáneo por los cauces grandiosos de la epopeya de cada pueblo; la lucha épica contra las resistencias conservadoras que tienden a anquilosar las formas, a eternizar como estalactitas de piedra, las aspiraciones humanas, y convertir a los estadistas en la bíblica estatua de sal que mira eternamente al pasado, a la ciudad maldita calcinada por el fuego purificador arrancado a los cielos.

Es preciso ahora cristalizar las ideas, comparar doctrinas, establecer relaciones entre las diversas épocas, analizar las nuevas tendencias, y probar la cantidad y calidad del nuevo tesoro, sin olvidar los quilates del oro viejo, recogido chispa a chispa en las arenas ardientes del *estadium* que presencié la angustia del trabajo, que devoró en su sed la sangre y las lágrimas de los mártires, que quemó las plantas cansadas de los precursores, y que al fin recogió piadosamente las cenizas de los viejos luchadores glorificados por su pasado histórico, por la ingratitud de los pueblos, y arrollados, despedazados, arrastrados por las hordas famélicas, fanáticas, por la jauría amaestrada de los inquisidores, que creen disimular su crimen, por la inacción aparente, por el subterfugio escolástico de explicaciones inadmisibles.

Y LO que desconcierta en el primer instante es la aparente inutilidad de tanto esfuerzo, porque después de la evolución lenta, contradictoria, sangrante por obtener la cristalización de los principios liberales, como diamantes arrancados de la entraña negra de los socavones clericales, llegamos a un momento de la historia en que se pretende discutir el valor intrínseco de los diamantes, desnaturalizando su valor e intentando sustituirlos por falsa pedrería.

PARA el liberalismo de Alfaro, de Moncayo, de Vargas Torres, la garrulena crítica de pacotilla ha encontrado un término despectivo: "el liberalismo de machete"; para los viejos próceres conceden una migaja de misericordia, para las conquistas espirituales representadas en la renovación operada hasta en las viejas momias del clericalismo petrificado, tienen el desdén de su sabiduría los buhos de terracota encasillados en la administración; para la doctrina liberal, en fin, tienen el deshauicio de sus virtudes, se habla del fracaso del liberalismo, y los pobres sacristanes disfrazados de heraldos, con divisas tornasoles, pretenden en su inopía cambiar los tesoros, sustituir el clásico liberalismo, el que en las

fuentes de Juvencio tomó el baño lustral de su eterna virilidad con una careta radical para uso de burgueses, que en italiano se llama *fasismo*, que pretende importar el camaleonismo político para disfrazar al novísimo *nacionalismo* ecuatoriano.

EN estos días de hondas indecisiones, en que los vientos alicios de la calma ambiente no sabría decirse si presagian tranquilidad o el simún que despereza su fuerza en la soledad, donde la Esfinge interroga al Misterio; en estos días se ha renovado la campaña que pregunta después de casi un siglo de lucha por el ideal liberal ¿qué es el liberalismo? ¿ha fracasado el liberalismo? ¿hace falta el liberalismo?

Y CAEN las definiciones como pegotes de barro en el camino asfaltado, para que resbalen los incautos; y vuelve a querer asomar su cabeza tonsurada el liberalismo católico del progresismo, y la erudición barata exprime en un resobamiento de seminarista, las ideas sin jugo, por agotadas y por falsas, de las sutilezas clericales.

EL liberalismo existe y existirá eternamente. Ciertamente Posada habló de la crisis del liberalismo en los términos relativos a las quiebras democráticas, por las imposiciones brutales de la gran guerra; cierto que Ortega y Gasset aspira a un liberalismo integral, para sustituir el arinazón gastado de la España invertebrada, cierto que por razones locales se discute en los libros que importamos diversas fases del liberalismo universal; pero sin caer en una falsedad, nadie puede poner en duda el crédito y la existencia del liberalismo como partido político. Y menos, afirmar que esta gran fórmula del progreso humano, pueda desaparecer, como rueda gastada, del engranaje que perfecciona la ciencia política para la organización social.

SE ha reconocido la eficacia de la fuerza de las ideas o de las ideas fuerzas, como se ha dicho para mejor resaltar el concepto, como generadoras del progreso humano; y estas ideas, tienen unas la

fuerza de la inercia, *conservadora* de la energía alcanzada en una época histórica; otras el poder del movimiento, que a veces arranca de cuajo, *radicalmente*, cuanto se opone al proceso de la acción que genera; o bien humanamente, *liberalmente*, opónense las ideas fuerzas a la inercia de la tradición, a los prejuicios gregarios de la costumbre, hasta imponer movimiento y vida, al estanque inevitable que pretende *conservar* las aguas sin preocuparse de que esa misma inercia ha de concluir por corromperlas.

EL sofisma de los monederos falsos de la política está en haber petrificado al liberalismo en una de sus etapas históricas, en haber puesto un límite a su acción, en querer hacer un dogma de lo que es un criterio, una filosofía de libertad, de abnegación, de vida profundamente humana, que no reconoce un límite al progreso, que en todas las teogonías encuentra una razón imperativa de la existencia social, y acata los mandatos del espíritu, como la inmortalidad del ideal.

EL liberalismo luchó ayer por la independencia de América, reclamó a la autocracia la libertad. a la teocracia el respeto al derecho político del Estado, a las oligarquías administrativas el imperio de la democracia; y ahora clama justicia para el proletariado, pide un palmo de tierra a los latifundistas para darlo a los labriegos, plantea los problemas económicos ante los *trusts*, lucha por llevar a los antros del industrialismo analfabeto la libertad del espíritu, como ayer abolió la esclavitud de los negros, el concertaje de los indios y concluirá con las pretensiones políticas del clericalismo, secta intrusa que quiere erigirse en partido político, ahogando en sangre, con guerras de religión, a los pueblos que no alcanzan a librarse de ese sistema primitivo de la política social.

EL ideal liberal no se petrifica. Por eso, aún los evangelios de la democracia contenidos en los libros de Montalvo, como la máxima aspiración del pueblo ecuatoriano en la reclamación de sus dere-

chos, tienen ya un tinte pálido ante las conquistas liberales realizadas por Alfaro, las influencias del progreso universal, y la revisión de los valores políticos, después de la gran conflagración europea, que ha señalado nuevos derroteros a las aspiraciones liberales. Y por esta misma razón, hay que agradecer el liberalismo católico de Rocafuerte y Carbo, el progresismo de Antonio Flores, en lo que significa un rechazo al garcianismo, el apostolado de Montalvo, de los Moncayos, de Miguel Riofrío, de Vela y tantos y tantos precursores de la ideología liberal contemporánea, que ha saturado ya el Ecuador.

“EL liberalismo de machete” realizó la obra que en el tiempo le tocó realizar. No es en el bloque informe donde el artista pone el pulimento de las líneas que caracterizarán definitivamente a la obra. Esa pulimentación artística toca a las generaciones nuevas. Tiene sus leyes inflexibles cada momento histórico y a ellas ha de atenerse el reformador que ritma su acción con los mandatos del minuto vivido, o ha sólo logrado locamente los sacrificios de toda una generación.

LA obra de Alfaro aparece enorme en la historia nacional, y su acción para realizarla no discrepa de la resistencia que tuvo que vencer.

Es el fundador del Partido Liberal Ecuatoriano, pues como he demostrado, existían liberales pero no un partido.

EL programa político de Alfaro fue planteado en la Constitución del 95 y ampliado en la de 1906. Este programa oficial tuvo una expresión de la ciudadanía afiliada a este credo político, en el que suscribió la Sociedad Liberal-Radical del Chimborazo, presidida por el General don Julio Román en 1904. Las Asambleas Liberales reunidas en diversas ocasiones no han alcanzado a ratificar estos programas con eficacia, porque las ha motivado una circunstancia accidental: la designación de candidatos para la Presidencia de la República.

Y las quiebras del partido obligarán definitivamente a la sólida constitución del Partido Liberal con su programa definido. Sólo falta un fuerte motivo antagónico, para que acaben de perder las fracciones liberales sus aristas ocasionadas por los accidentes de la administración, en el ejercicio del Poder, y la compactación liberal tomará su postura adecuada a este momento político, de nuevas orientaciones sociales.

LA realización del programa de Alfaro ha sufrido grandes quiebras, por que las Constituciones contienen el máximum del ideal liberal histórico, y las realidades de la vida, no conceden sino el mínimum, fatalmente. A este desequilibrio se imputa el Debe de la época alfariста.

Así, con la fe en el cumplimiento total de la Constitución ha de conservarse ésta, porque es un programa que concreta el mas formidable empuje del liberalismo en el primer siglo de la historia ecuatoriana, liberalismo que ha evolucionado desde Rocafuerte hasta encontrar en Alfaro la expresión genuina.

TODAS las realidades conquistadas empezaron por ser un ideal de utopistas.

* * *

¿ Que es el Nacionalismo ?

EL término "nacionalismo" fue importado hace poco tiempo, equivocando su significación europea o bautizando socarronamente con este nombre, lo que aquí se llama propiamente *fusionismo*, o sea, la resurrección en el tiempo de esa *fusión* de partidos o banderías que precedió a la caída del régimen clerical, en la Presidencia de don Luis Cordero.

ESTUDIANDO Vicente Gay, en su obra "El Imperialismo", lo que significó el nacionalismo europeo en 1914, encuentra la vaguedad del término, que puede traducirse como una tendencia no como

un partido: "un estado de ánimo que se propaga por contagio", explica Corradine en lo que a Italia se refiere, como expresión del fenómeno de la conciencia colectiva en su aspiración a ensanchar con el propio jugo vital los horizontes de la vida nacional, frente a los imperativos del militarismo, que tenía en la *Kultur* alemana su fisonomía. Y en Francia, además, de este concepto, significaba la reacción antisemita y legitimista: "fue una concepción patriótica sectaria". Frente a las complejidades resultantes de la gran guerra, singularmente por la expansión del *sovietismo* ruso como nueva fórmula de gobierno, y del *bolchevismo* reaccionario de la presión capitalista, el *nacionalismo* italiano llega a organizarse como partido definido con programa y con hombres que le encarnan: el *fasismo* y su jefe *Mussolini*.

PERO este nuevo partido—modalidad del clásico conservadorismo—obedece a razones locales, y demuestra las características de transitorio, porque sus causas son de este mismo orden, y por esto no se propagará fuera de los límites italianos, en donde ya carece de significación que esté arraigada en las tradiciones romanas. El término *fasismo* se traduce por acción administrativa, que para los españoles tiene su abolengo en la voz *facere*, hacer, oponiendo el viejo vocablo castellano a la política perezosa, egotista, de simple simulacro de trabajo y organización.

HABLAR, pues, de nacionalismo en el Ecuador como de un partido político en formación, es expresar una voz sin sentido. Llámese francamente *fusionismo*, transfugio, claudicación al hecho de entregar las fortalezas del liberalismo a título de amplitud de miras (¡los amplios!), y nos entenderemos; pero nacionalismo sin complicaciones internacionales en las industrias, el comercio, los armamentos, la raza; fasismo sin previa cuestión socialista organizada o importaciones soviéticas definidas, es sumergirse en cuestiones falsas, en este

trópico, imitador simiesco de los gestos y expresiones de ultramar.

Y cómo apareció el llamado nacionalismo?

PORQUE el liberalismo de Alfaro fué hermético, sin claudicaciones. En las administraciones de este caudillo no hay rastro alguno. En la primera administración del General Plaza, aparece el corolario de la lucha por las reformas liberales: la Ley de Cultos, principalmente.—García y Estrada no alcanzaron a gobernar el país. En la segunda administración del General Plaza, ante el pánico que produjeron en el Gobierno los triunfos de Concha en Esmeraldas, consultó el Presidente a los más distinguidos liberales la conveniencia de una fusión con los conservadores, ante el peligro del Gobierno. El rechazo del partido fue enérgico, y del pensamiento liberal de esos días he podido obtener este documento (1)

“Telegrama de Ambato.—Diciembre de 1913. General Presidente.—Quito.—Buenos días mi querido General.—Anoche recibí atento tēlograma, cuando acababa usted escuchar opinión señor Arzobispo (2), y otros caballeros.—No parece sino que tales pareceres estaban de antemano preparados y bien calculados; todos concurren a un mismo propósito. Como usted bien lo dice, conservadores tratan llevar agua a su molino; están en su derecho, solamente que usted es muy avisado para abandonar las fuentes cristalinas de donde procede; no se dejará arrebatar de esta corriente envenenada por donde corre una política insidiosa, mucho más grave que el mal que usted trata de remediar. Conservadores exageran situación actual; para ellos el pequeño fracaso sufrido por nuestras escasas fuerzas en Esmeraldas, es tan horrible y tan único, que le ha puesto al Gobierno al borde de un abismo espantable. Nada más inexacto: son comunes los reveses de una guerra: errores militares causados

(1) Archivo de la familia Vela.

(2) González Suárez.

por impericia, falta de una cabeza directiva, falta de conocimientos locales, causas imprevistas que pueden ser reparadas con grandes ventajas. Mas, para los conservadores, el mundo se ha venido encima; ni la rendición de Metz, ni la caída de Andrianópolis; siendo así que lo que ha pasado en Esmeraldas no es un desenlace total, ni siquiera un desastre irremediable. Tiene usted un buen ejército, la opinión pública en su favor, la justicia de su parte, todo el partido Liberal que en la hora del peligro allí está en masa para rodear al Gobierno. Este partido no es un circulillo reducido como piensan esos señores; es un gran conjunto de hombres sensatos e ilustrados que desde el año 95 viene empeñado en la lucha desafiando al impotente conservatismo. Claro está que los del partido histórico quieren engañar a usted entrando en el Gabinete, en las Gobernaciones, mandando el Ejército y de aquí sus alharacas, la espantosa situación. Pero usted no es Rafael Núñez, sombrío personaje que ha de manchar su nombre y su limpia historia traicionando a su partido. Nada importa que Concha se encuentre en posesión de la más apartada de las provincias: el General Navarro caerá sobre él y todo se habrá salvado; no hay razón, ninguna razón para alarmarse creyendo irreparable un pequeño revés, un error militar común. No conoce usted bien a los conservadores; no conoce cuán ocultos y tenebrosos son los fenómenos de esa psicología colectiva. Ayer no más fueron ellos los que cambiaron en rencor y odio al efecto intenso que tenía a usted el doctor Freile Z.; ellos prepararon candidatura señor Tobar, engañando a este respetabilísimo caballero; ellos influyeron en el espíritu débil de Carlos Freile y vino el trágico golpe del 5 de Marzo; y por ellos se desencadenó la tempestad sobre la cabeza de usted. Y ahora son los mismos los que están muriéndose, desviviéndose por la paz y la fraternidad y la buena salud y por la buena vida de usted, y le dan vueltas y le hacen carantoñas. Son hipócritas; no les crea, querido amigo mío:

— 00

háblome la verdad, como lo hago siempre, con ruda franqueza; nunca le he lisonjeado; no le he pedido ningún favor personal hasta ahora: empleos, dinero, otra cosa; nunca, ni para mí ni para mis hijos; a despecho mío dióle usted un Consulado a Cristóbal; yo no lo quise. Por esto mismo tengo obligación de hablar a usted claro, claro, seguro de que usted no condena mi franqueza. Repito lo que ya le dije en Agosto pasado, esto es, *que no compre la paz a costa del Partido Liberal* manténgase usted limpio, continúe dando libertades y garantías a todo el mundo; esto le engrandece; imprima a su política un rumbo más decidido y fijo, sin vacilaciones, sin oscuridades; nada de contemplaciones y reconciliaciones, porque no es buena política levantar al enemigo y darle armas para que las vuelva contra uno mismo.—Perdone Ud. la llaneza de mi lenguaje; así soy, así seré hasta morir. Soy de los políticos tontos que no conocen el disimulo; hablo como pienso y como siento.—Su viejo compañero.—*J. B. Vela*”.

¿SERÁ éste el gérmen del “nacionalismo” que reprocha como impolítico fusionismo el gran apóstol liberal, Dn. Juan Benigno Vela?

* * *

Clericalismo y Conservadorismo

EN el libro “Añoranzas” del Sr. Moncayo encuéntrase la expresión sintética del error de las fusiones que el Dr. Vela anatematizó en un caso concreto.

“NADA más hermoso, dice el Sr. Moncayo, en verdad, que el olvido de todo lo pasado y un abrazo fraternal entre cuantos hemos nacido a la sombra de nuestros augustos montes; hermoso, pero imposible!— Qué amalgama entre sayones y oprimidos, entre verdugos y víctimas? No diremos en aquellos días, aun en tiempos menos borrascosos, toda fusión política es una quimera porque implica

sin remedio engaño mutuo y la deslealtad consiguiente. A pesar de ello, la concebimos a lo más para un objeto dado y transitorio, aunque después nos duela, pero para la creación, para la formación de un gobierno?.....

“SEA un Presidente *Jefe de la Nación* y no de un partido; no haya para él enemigos, menos afectos ciegos ni rencores crudos; pero si las ruedas de la administración no son homogéneas ni bien proporcionadas, si no hay comunidad de aspiraciones y perfecta solidaridad entre el Jefe y sus colaboradores..... imposible! aquello no anda; y si anda no vuela; y si no vuela, es más probable el fracaso que el recto cumplimiento de su destino.

“GUERRA es la vida, guerra el pan de cada día, guerra la política y también guerra un Gobierno; y cuándo pudo un General reparar un descuido, si se dejó sorprender entre dos fuegos!

“LA división de un pueblo en partidos, lo sabéis, es no sólo ineludible, sino necesaria; sin proporción debida entre la fuerza y la resistencia, o pára o se rompe la máquina. Y si forzosamente existe esta división, claro es que siempre ha de haber un partido vencedor y otro vencido. Introducid a los vencidos dentro de los muros que tenéis que defender, confiádeles todos vuestros secretos, poned en sus manos la repartición de vuestras fuerzas, indicadles los puntos más importantes y aun flacos que hay que guardar.... y estáis perdidos! En comunicación están esos intrusos con vuestros enemigos; fingirán celo para con vos, pero más desearán entregar la fortaleza en manos de sus partidarios; y harto difícil es a la postre que esos intrusos no rematen en traidores.

“LA fusión en el poder, además, ¿satisface a todos los partidos? Otro imposible de toda imposibilidad: “Si aquello, se dicen todos, no es azul ni rojo, ni conservador ni liberal, ni carne ni pescado”..... de aquí los celos, las dudas, el rencor en los no favorecidos y por fin la desconfian-

za general, traducida bien pronto en descontento; el cual unido a la mala fe, no rara en los abandonados, sugiere naturalmente la palabra *traición!*; y de allí al *Abajo!* la distancia es cortísima, quedando todo reducido a cuál de los bandos descontentos sea el primero que se lanza a la rebelión. No le basta a un Presidente el prestigio de la opinión pública: le es no menos necesario el apoyo decidido y tenaz de un partido que con él quiera la realización de un ideal, y que con él esté resuelto a triunfar o sucumbir, pero siempre fiel. Si hablando del matrimonio, no debe el hombre separar lo que Dios unió, tampoco un buen político intenta ayuntar lo que el diablo ha separado, si no quiere que sean mal interpretadas sus más rectas intenciones”.

Así escribía Dn. Abelardo Moncayo en 1892, al analizar la administración de Borrero, con vista del fracaso, y sus palabras proféticas serán de perenne actualidad.

EL liberalismo doctrinario reconoce la necesidad de la existencia del Partido Conservador, declara la ineficacia y peligro de las fusiones, y combate al clericalismo. En el Ecuador, el clericalismo y conservadorismo aun están confundidos, pero se constata ya el esfuerzo por llegar al deslinde. Lo que envenenó a esas agrupaciones fue el garcianismo, que hizo del catolicismo un partido político, compeliendo al Partido liberal a la guerra político-religiosa. Lo que estas banderías han conquistado con el señuelo del nacionalismo, es mucho, pero están divididos en el campo de Israel.

El *Jefe* del Partido conservador, doctor Rafael M. Arízaga, y en esta calidad, dirigió en Abril de 1918, un Manifiesto a sus copartidarios, y les dijo: “El momento actual es favorable, toda vez que se encuentra al frente de los destinos nacionales, un hombre como el doctor Baquerizo Moreno, que, cualquiera que haya sido la forma de su elección, no es ciertamente un simple *arribista*. Debemos esperar que el Gobierno en ningún caso ex-

tremará medidas autoritarias e ilegales contra una respetable asociación política". Esta voz tuvo correspondencia en Quito, y aún llegó a reunirse una especie de Asamblea del Partido Conservador, que luego estalló en una tremenda escisión. En Cuenca la juventud rechazó el término "conservador", conceptuándolo manchado en la historia por la secta clerical garciana; discutió acaloradamente resolviendo llamarse "Partido Republicano—Católico", y, con este acuerdo, suscribió un programa, cuyo primer artículo o propósito dice así: "Conformidad de la política con las enseñanzas y preceptos de la Iglesia Católica.—*Libertad de enseñanza, en armonía con la misma autoridad de la Iglesia*". (1)

EN QUITO le escisión fue más profunda: los discípulos de González Suárez, que fundó o intentó fundar el verdadero Partido Conservador, no rechazaron esta denominación "Conservador", pero tampoco se separaron resueltamente del clericalismo garciano, manchado en la historia, como justamente opinaron en Cuenca. Y se llamaron a sí mismos "los amplios" de criterio, para diferenciarse de "los estrechos" sectarios. Los periódicos de estos grupos se produjeron feroces, y el Vicario tuvo que llamarles al orden.

EL rechazo de la política de González Suárez por parte de los terroristas, lo concretó así el doctor Carlos Carbo Viteri *leader* de esta agrupación, en una carta publicada en ese entonces, en "El Martillo" de Riobamba y reproducida y comentada en 1921, por "El Porvenir" de esta ciudad (2). Entiendo que el Dr. Suárez (Arsenio) pertenece a la escuela política del clericalismo liberal que dije, o al liberalismo clerical que expresa mejor el concepto". "Si esto es así, el comportamiento del Vicario se explica por los designios del *fundador Ilustrísimo González Suárez*, a quien Dios haya perdonado todo el daño que causó a la Iglesia y al País". "Los liberales, incluso los neocatólicos de hoy, católicos

(1) «El Progreso»—Cuenca N° 302—año IV, 1918.

(2) «El Porvenir».—Quito, 12 de noviembre 1921.

no conservadores de ayer, y los clérigos liberales, lobos todos de un mismo cubil, tienen razón que les sobra para la erección de la estatua que se trata de elevar en honor del doctor González Suárez. Pero los verdaderamente católicos, no podemos contribuir con nuestro voto ni con nuestro dinero. Tanto se la deberíamos a Calvino porque fué canónigo, o a Lutero y Jordán Bruno porque fueron frailes, o al autor de la "Luz del Pueblo" porque era presbítero ecuatoriano".

LA compleja figura de González Suárez, de quien expresa el diplomático boliviano, don Alberto Gutiérrez que extrañaba encontrarle con sotana, porque sus pensamientos daban más bien la impresión de que se trataba con un gran estadista seglar (1); esta figura política negada por unos, admirada por otros y combatida por los terroristas, no fue comprendida por el doctor Carbo Viteri, o en su afán de restaurar el garcianismo secular como partido político, se negó a reconocer la habilidad de la mano que anuló en la práctica las reformas liberales, que tuvo el enigma de su gesto tolerante con Alfaro, que odió al clericalismo por corrompido y absurdo en su inmiscuencia política, que bregó por sacar al catolicismo del garcianismo, y maquinó constantemente contra el liberalismo favoreciendo a los "conservadores", y cuando la ola sectaria victimó y arrastró a Alfaro, no quiso que llegaran a sus oídos las voces de caridad invocadas por el amor filial, y el político refinado vió "disimuladamente" el final trágico del hombre que había implantado el verdadero liberalismo en el Ecuador.

LA política de Monseñor Pólit es ecléctica, y por lo pronto se reduce a un sólo propósito: triunfar "cueste lo que costare"; después ya vería como hacer de San Martín, para que no se muestren los dientes sus cofrades. Como político es garciano Monseñor, y además, aprecia las bellas aptitudes de los jóvenes "amplios" que siguen con fe el sen-

(1) Gutiérrez «Hombres y Cosas de ayer» -- 1918.

— 15 —
dero de González Suárez; y en lo tocante a la política de infiltración, desalojamiento y anulación de prestigios liberales, como, en su caso, preconizó el General Uribe Uribe para derrocar a los conservadores, Monseñor Pólit coincide con su antecesor, y ha ganado magníficas posiciones!

POR lo demás, hay entusiasmo, actividad y sobre todo franqueza y confianza en el campo de Israel. Una de las primeras operaciones después de su exaltación al Arzobispado fué la requisitoria que dirigió al señor Gedeón, don Aparicio Rivadeneira, para que concentrara sus huestes; se repitió la consagración al Corazón de Jesús, y en Diciembre de 1922, convocó a elecciones, a vuelta de una expresión de simpatía para el Gobierno, en los siguientes términos, que los habría suscrito García Moreno. Dice Monseñor: "Lo que sí habéis de hacer es cumplir con vuestros deberes de ciudadanos e intervenir en la parte que legítimamente os corresponde, cual es la de dar vuestro voto libre, consciente, moral, en las elecciones de que dependen la formación de los Concejos Municipales y de las Cámaras Legislativas, el nombramiento del mismo Presidente, en suma, la organización y existencia de la República nuestra Patria. No desistáis del cumplimiento de este deber estricto que os incumbe, por ningún obstáculo que se presente, bajo ningún pretexto. Reclamad, no os canséis de reclamar la sincera libertad electoral, garantizada por nuestra misma Constitución: haced uso de ella *cueste lo que costare* en las elecciones municipales, legislativas y presidenciales". (1)

DESDE los tiempos de Schumacher y Massiá no había vuelto a suscribir una mano episcopal una proclama política semejante. No es un ingenuo Monseñor Pólit, y debe tener muy fuertes fundamentos para haberse producido en los términos apuntados, y tocar de nuevo, desenfadadamente, el funesto clarín de la guerra político—religiosa, la herencia sangrienta de García Moreno.

(1) Pastoral de Diciembre—1922.

Renovación

“CUANDO Tomás Morus escribió su Utopía o República Feliz—dice Dn. Pedro Carbo en sus “Páginas de la Historia del Ecuador”, refiriéndose a la Constituyente veintemillista de Ambato, su fantasía y su alma candorosa lo llevaron a suponer la existencia de una Nación en que todos eran dichosos; lo cual podría llamarse el sueño de un hombre bueno por la felicidad social. Pero algunos diputados de la Asamblea Nacional, que no tenían esa clase de sueños, que eran, no *utopistas* sino positivistas, buscaban ante todo el supremo bien para su Jefe, y con tal que éste mandare el mayor tiempo, quedare bien rentado, bien armado, bien autorizado y no se olvidara de ellos, todo lo demás era secundario e inútil.—Por esto dejaron pendientes el presupuesto de gastos y otras leyes importantes”.

EL admirable don Pedro Carbo—el hombre bueno que soñó con la felicidad del Ecuador—sugiere la urgencia de un gran ideal, de una utopía en la vida de una nación o de un partido político, para estimularle y darle un sentido en la historia a la existencia de esa nación o ese partido.

SIN un grande y desinteresado ideal, bien sabía Carbo que el positivismo acabaría con la obra de los utopistas liberales. Los Congresos se convertirían en las ferias de las dignidades, cotizadas por el amo. Las leyes no representarían la justicia, la nación sería condenada a la bancarrota viviendo sin presupuesto. Y al final—como un partido no tiene derecho a gobernar sino hasta el límite en que la confianza pública le acompaña—la caída sería irremediable por el puñal de la salud si el amo llega a la tiranía, por la traición de los *condottieri* si cae en contemporizaciones fusionistas, por la revolución si el tráfico infame llega a comerciar hasta con la soberanía nacional, por cansancio, por desilusión si los mejores prestigios del partido realizan administraciones de opereta, co-

rróidas por la intervención judaica bancaria, y finalmente caídas en caso de menos valer por transacciones injustificables con los *leaders* del partido antagonónico. Entre todas las roñas que pueden precipitar la caída de un régimen, ninguna más virulenta, ni más odiosa, que la engendrada por la predominancia israelita de los agiotistas, llámense éstos banqueros o moratoria el medio de la especulación. Además, no se juega impunemente con las esperanzas de un pueblo, y *la política del riel* puede acabar por convertirse en el más fuerte eslabón de la cadena que ha de arrastrar el régimen al abismo, si antes no encauza una formal negociación. ¿Hay alguna de estas causas de desconfianza en el Partido Liberal en el Poder?

No es, pues, aventurada la actitud clerical, cuando toca a somatén así tan desamparante!

Es muy pobre el criterio que analiza la importancia de una administración, por las obras de remiendo realizadas para que la techumbre de la casa no caiga en pedazos en la cabeza del inquilino, por la construcción de un camino, por la adjudicación de casas para las oficinas públicas, por la importación de profesores para la divulgación científica, por los fusilamientos realizados, por la teatralidad del movimiento burocrático. Eso apenas alcanza a demostrar la existencia de la vida oficinesca, pero no significa un programa, la orientación de la vida nacional, con la organización y aumento de las rentas singularmente, sin cuya base todos los Ministerios giran como ruedas locas en el funcionamiento administrativo. A esta organización económica se refiere Monseñor Pólit en su proclama eleccionaria!

Es la suma de ideales que sustenta un estadista y los realiza lo que ha de apreciarse en el conjunto de una acción política. Esta es la obra del presente y del porvenir del liberalismo.

Los luchadores como Alfaro y los suyos, con haber alcanzado la hegemonía del Partido Liberal, en-

tre los bandos políticos contendientes que lucharon por el Poder en 1895, cumplieron honrosamente su deber. No es del combatiente la consolidación de la reforma, esa es la obra del tiempo y de los continuadores de la política liberal. Sin embargo— y olvidando las labores de acasa adentro—la obra del ferrocarril de Guayaquil a Quito, de significación secundaria en el programa ideológico de Alfaro, sólo tiene prima importancia como desideratum político, porque ha significado el fuerte eslabón puesto por el liberalismo, para remolcar a la civilización, a los habitantes de las etapas fanatizadas por el aislamiento de la serranía. Sin este alcance el ferrocarril no sería obra digna de Alfaro, con significar más que todo el conjunto de las obras públicas que acreditan a García Moreno, como un buen trabajador.

AL transmitir el mando al General Plaza en 1901 el *alfarismo* convertido ya en una bandería de alta significación histórica, cumplió con el programa sustentado por Montalvo, iniciado por los conjurados de la libertad contra el despotismo, consagrado por las horas angustiosas de los proscritos y sellado con la sangre de los mártires y las lágrimas de los apóstoles.

LA vuelta de Alfaro en 1906 por los caminos vedados de la revolución, sólo podría explicarse por la visión iluminada y profética del caudillo que desconfió de la fe en el ideal liberal de sus continuadores. El tiempo va arrojando claridad en el enigma de los días tormentosos del alfarismo combatido y derrocado, por el natural cansancio de lo que en la política de América se diagnostica con la voz: porfirismo, distinto de la ignara dictadura militar.

Y LAS reformas liberales han ido quedando como letra muerta en los anuarios de la legislación. La política post—alfarista se ha cristalizado en estos dos hechos: el abandono de las finanzas nacionales al azar de las oligarquías bancarias, que han llegado por este hecho a suplantar la acción política, constituyendo una fuerza incontrastable por

el momento, matadora del ideal liberal; y, *la política del riel* que ha explotado imprudentemente el sentimiento progresista de los pueblos, creando impuestos, cotizando esperanzas, y poniendo en el surco el germen de una reacción, por el fracaso inevitable de esas empresas ferrocarrileras nacionales, viciadas fundamentalmente en su importe, desarrollo y significación económica. Los ferrocarriles del Estado fracasaron hasta en los Estados Unidos: posiblemente el Ecuador no está mejor organizado que Yanquilandia.

TODA esta situación causada por el personalismo en el poder, por la falta de las utopías que reclamaba Carbo, explota la reacción terrorista, ya no silenciosamente, sino con las altas voces de sus abanderados. Como que la propaganda tiene el formidable sostén de las escuelas y colegios al cuidado y protección de una frailecía más numerosa que la encontrada en 1895; ya el terrorismo ha llegado a tener ascendiente franco en la administración y conseguido el dominio de algunas fortalezas; la prensa de propaganda liberal,—que sólo fue protegida conscientemente por Alfaro,—ha cedido el campo a título de una libertad de imprenta mal entendida, al diarismo simplemente mercantil o camaleónico; pero los diarios banderas de un alto ideal liberal han desaparecido, el ambiente se enrarece y no pueden vivir su vida propia. Hay una crisis en el liberalismo ecuatoriano, no por el ideal en sí mismo, sino porque los grandes responsables que se han sucedido en el poder, se han negado a reconocer que el liberalismo no ha llegado a las conciencias y se ha quedado únicamente como librea de gobiernos, no como ideal vivido de los pueblos.

Y ES que el imperio de un gran anhelo patriótico no se obtiene sino con la propaganda. Es preciso proclamar muy alto el pensamiento de don Antonio Caso, el gran reformador mejicano que, como Vasconcelos, finca todo el éxito de la renovación en los programas educacionistas: "Producir y cultivar el mayor número de individualidades irreduc-

tibles de hombres que tengan el alma propia bien puesta en su almarino—lo cual engendra en las relaciones complejísimas de la vida social, la mayor heterogeneidad de fines y de obras, el más rico comercio de los espíritus, la lucha más constante y profunda de aspiraciones, los más nobles conflictos de caracteres;—tal debe ser el norte de la educación humana. Querer pasar un rasero uniforme sobre los hombres es la más estúpida de las aspiraciones colectivas y la más inútil de todas”. Tal debiera ser el ideal liberal educativo de esta época.

CUENTAN que Nicolás I de Rusia, al visitar la Universidad de Kiew, hizo, entre otras cosas, estas declaraciones a los alumnos: “Veo que sabéis estudiar y soléis hacerlo con provecho; pero esto sólo no basta. La ciencia por sí misma, no engendra buenos resultados. Necesito súbditos fieles al Trono. Os reclamo devoción ilimitada, sumisión, obediencia”.

Y DIJO a los maestros: “En cuanto a vosotros, está bien que cuidéis de la cultura y la ciencia de vuestros discípulos; pero si no desarrolláis las nociones de “mi moral” en los estudiantes, si no intervenís y modificáis en el “buen sentido” sus convicciones políticas, os tendré a buen recaudo”.

ESTA ha sido y será siempre la aspiración de todos los déspotas: educar súbditos. Las escuelas confesionales sólo producen sectarios. Y las escuelas no deben educar directamente para un fin limitado, sino para modelar la individualidad. El hombre educado para hombre sabrá elegir su camino.

POR eso García Moreno, para lograr cimentar en el Ecuador su vasto plan teocrático, importó el mejor elemento para el servicio de los despotismos, a los educadores de súbditos según “su moral”, a la frailecía. Esta es su gran obra educadora!

EN el Ecuador no han faltado voces proféticas en el apostolado de la educación: “Tengo para mí—dice don Abelardo Moncayo, en su célebre Me-

morandum—que mientras el liberalismo no se arraigue en el alma de la juventud y la empape en nuestra doctrina, nada significan las victorias meramente de la espada, nada las brillantes utopías transformadas en leyes, nada por consiguiente, nuestra labor para el porvenir: tarde o temprano, la reacción, a más de irremediable sería funesta. Ah! si nuestros copartidarios se penetrasen de esta indiscutible verdad, cuan otra sería la suerte de la Instrucción Pública en el Ecuador”.

Y es por falta de educación y disciplina que los grandes ideales fracasan. Es por esto que todo el empeño por unificar el partido liberal encuentra una valla en el personalismo. Se elige para motivo de unión lo que siempre ha sido y será germen de divergencias: las candidaturas presidenciales.

Sí, pues, los hombres del 95 han realizado su programa, una voz autorizada, la de don Luis Adriano Dillon, ex—Ministro de Hacienda, acaba de ratificar este concepto en el reportaje sobre su candidatura presidencial, diciendo: “Esta hora ya no es la nuestra; los viejos liberales cumplimos el deber que nos impusimos: la hegemonía del Partido. Toca a la juventud conservar esa posesión”.

Si en esta hora que se avecina a la sucesión presidencial, no hay acierto para elegir el hombre que sea una bandera franca de renovación liberal, claramente definida en un programa: ¡esto se va!

¡RENOVACIÓN! Renovación!

EL porvenir está preñado de tempestades. ¡Mucho viento se ha sembrado! La juventud aún no imprime sus ideas en los programas administrativos que se hallan anquilosados. Un error más y el *simún* desatará sus aquilones!

¡RENOVACIÓN! Renovación!

PENSEMOS, en esta hora grave, en las responsabilidades de la juventud que aun no llega al Poder.

— 80 —

Tanto mérito hay en fortalecer la ciudad como en conquistarla. Los luchadores del '95 confían en la juventud para la vida del Partido.

¡RENOVACIÓN! Renovación!

Y LA juventud sólo podrá cumplir su deber, evocando la doctrina y la memoria gloriosa de los precursores del Liberalismo.

JUVENTUD! paso a la inmortalidad de don Abelardo Moncayo!

P. Jaramillo Alvarado.

Quito, Mayo 24 de 1923.



